

Otero, Analía. **Representaciones y participación juvenil: el caso de los jóvenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús.** *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe.* Programa Regional de Becas CLACSO. 2003

Disponible en la World Wide Web:

<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/becas/2002/mov/otero.pdf>

www.clacso.org

RED DE BIBLIOTECAS VIRTUALES DE CIENCIAS SOCIALES DE AMERICA LATINA Y EL
CARIBE, DE LA
RED DE CENTROS MIEMBROS DE CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

“Representaciones y participación juvenil: el caso de los jóvenes del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús”

Analía Otero¹

Introducción

El propósito del presente artículo es realizar un aporte novedoso acerca de una forma de participación juvenil poco explorada aún en el contexto de este nuevo siglo. Se trata de analizar la configuración de representaciones sociales sobre la participación en jóvenes integrantes de un nuevo movimiento social, que interpela con su presencia a la sociedad en su conjunto. Desde esta aproximación y tomando en cuenta su intervención como sujetos políticos reflexionaremos sobre la vinculación entre sus atributos -expresión de la condición juvenil en determinado contexto-, y su traducción en insumo útil para la vitalidad de ese movimiento social.

El descrédito en el sistema político partidario tradicional y los cambios en el modelo de funcionamiento económico, fundamentalmente el proceso de desocupación como expresión de las transiciones en la estructura del mercado de trabajo, son utilizados frecuentemente para señalar los problemas de integración social que acucian a los jóvenes de hoy, sobre todo a aquellos de sectores populares donde la profundización de condiciones estructurales desfavorables deja un saldo de mayor perplejidad. Estas transformaciones renuevan el interrogante sobre el tipo de orden social que se avecina, considerando que el mercado de trabajo y el sistema partidario han sido abordados desde las ciencias sociales como tópicos constitutivos de la sociedad moderna. Por eso su “deterioro” estimula el estudio de acciones colectivas y de relaciones sociales emergentes en un mundo sujeto a complejos procesos de transición y sociedades sumidas en la “incertidumbre”. En palabras de Sandoval, (2000:152) “El mundo vive una situación nueva desde el término de la guerra fría y la caída del muro de Berlín. Se ha esfumado la tensión y conflicto este/oeste que caracterizó a la posguerra, [...□ paralelamente, se han acrecentado las diferencias, tensiones y conflictos en la relación norte-sur. Los países desarrollados cada vez lo son más, mientras que en la periferia permanecen altos grados de subdesarrollo, atraso y pobreza. [...□ Esta mutación, a nivel mundial, tendría su origen en los cambios en el régimen de acumulación capitalista, en la revolución de las comunicaciones, en la caída de los socialismos reales y en el actual proceso de globalización de la economía.”

1* Licenciada en Sociología en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Becaria Clacso-Asdi. Confederación Latinoamericana de Ciencias Sociales, Programa de Becas CLACSO-Asdi para investigadores jóvenes de América Latina y el Caribe 2000-2002. Integrante del Área Educación-Trabajo de la Facultad latinoamericana de Ciencias sociales FLACSO Sede Argentina. Email: analiaelizabethotero20000@yahoo.com.ar

Como parte de la dinámica social y política latinoamericana la aparición de nuevos movimientos sociales ha cobrado relevancia. Es que, si en nuestras sociedades el soporte rector de la democracia es sólo la igualdad política formal, la extrema desigualdad en términos económicos plantea un punto conflictivo. El contenido de esta problemática expresa la paradójica relación inherente a la dupla capitalismo-democracia¹.

Consideramos que la adscripción de jóvenes a tales formas de acción colectiva es un fenómeno significativo, pues gran parte de estos movimientos comparten como rasgo característico un alto componente juvenil en su seno. Las culturas juveniles y los movimientos sociales pueden constituir objetos de estudio diferenciados, pero en la “realidad” se confunden y superponen. Por esto consideramos pertinente profundizar sobre la relación entre ambos, específicamente en el modo en que se articulan los campos de análisis de la condición juvenil y la acción colectiva. En este sentido, esta investigación abordará un movimiento social que cuenta con gran presencia de jóvenes de sectores populares.

Existe toda una mirada cientificista orientada a enfatizar “la apatía y el rechazo juvenil” en escenarios de grandes mutaciones, como ha sido la Argentina de la década del noventa, visión reforzada por estudios empíricos desde donde los jóvenes “[...] nos hablan de prácticas, sentimientos o creencias que en múltiples aspectos reflejan fastidio, crítica o desasosiego hacia mucho de lo que los rodea. No son rebeldes movilizados como los hubo en otras épocas. En ellos se combina el lenguaje del descontento con la ausencia de acción colectiva” (Sidicaro, 1998:20).

Sin embargo, la evidencia que emerge en las sociedades latinoamericanas de estos últimos años es que ciertos jóvenes, sin inferir generalizaciones, participan en “nuevos movimientos sociales”, aún sin ser estos productos exclusivos de su autoría o condición autónoma, y lo hacen en un contexto claramente diferente al de décadas anteriores, con estilos y formas que también han variado.

Nuestro trabajo se inscribe bajo estas coordenadas y se plantea como problema principal conocer cual es el soporte simbólico material en los jóvenes adscriptos a un nuevo movimiento social, que podría dar cuenta de su participación. La pregunta teórica inicial que ha guiado nuestra reflexión giró en torno a comprender cómo se construyen formas de participación donde los jóvenes delimitan espacios sociales de acción. Identidades en disputa por “ser”, configurándose en un complejo y dinámico proceso de interacciones negociadas, donde la conflictividad modifica la fisonomía de los actores intervinientes, orienta, modela sus prácticas y contribuye a construir nuevas imágenes sobre el mundo. Sosteniendo que las prácticas y representaciones en constante fluir dialéctico, resultan de un diálogo con el contexto socio histórico y cultural donde se inscriben, como procesos orientadores del curso de la acción.

Al mismo tiempo, considerando el ascenso de la conflictividad social argentina en los últimos tiempos², nos parece relevante indagar específicamente en ciertos espacios de construcción colectiva que no se agotan sólo en el terreno de la confrontación, sino que por sus métodos de organización y trabajo territorial, dan cuenta de un fenómeno complejo en gestación. Entendemos que uno de estos casos es el Movimiento de Trabajadores Desocupados (en adelante MTD) de Lanús, enraizado en una zona del Conurbano Bonaerense fuertemente afectada por el funcionamiento del modelo económico vigente.

El Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón es una instancia que nuclea en el radio del Conurbano Bonaerense y algunos sectores del interior del país un conjunto de organizaciones zonales, cada una de las cuales mantiene su propia autonomía interna al tiempo que se extienden a través de su trabajo territorial en diferentes barrios. Nuestro ensayo focaliza en jóvenes actualmente participantes del MTD de Lanús, que abarca territorialmente cuatro barrios: La Fe, Urquiza, La Torre y Gonét.

El artículo consta de seis apartados. En primer lugar proponemos una breve recorrida por los aportes teóricos relacionados con el debate actual sobre movimientos sociales y participación juvenil, es decir, el complejo vínculo entre condición juvenil y acción colectiva. En el segundo describiremos sucintamente el contexto histórico nacional y las características socio-económicas de la zona donde desarrolla sus actividades el MTD de Lanús. Luego, en el tercero, expondremos génesis y forma de organización interna del movimiento. En el cuarto y en el quinto apartado avanzaremos delineando los principales hallazgos del trabajo de campo efectuado en el marco de la presente investigación, cuya premisa ha sido abordar las representaciones a través de los “decires” de sus protagonistas. Finalmente en el sexto enunciaremos nuestras reflexiones acerca de la temática.

Jóvenes en Movimiento: Movimientos Sociales y Participación Juvenil

En la actualidad el debate acerca de la condición juvenil y la acción colectiva se renueva a la luz del ascenso de la conflictividad social y la destacable adscripción de jóvenes como “participantes”. Recientemente una autora latinoamericana Serna, (1998) retomando la sistematización elaborada por Offe, (1992) sobre la distinción entre viejos y nuevos movimientos sociales, ha formulado un nuevo paradigma de *participación juvenil* pues encuentra un paralelismo entre las características de los nuevos movimientos sociales y formas actuales de intervención juvenil. Resalta así el predominio de dimensiones novedosas en la orientación de las identidades y modos de actuar, sin ignorar con ello la presencia de pautas propias del modelo anterior. En este sentido, destaca básicamente que las causas de la movilización ya no giran exclusivamente en torno a códigos socio-económicos e ideológico-políticos, sino que, vehiculizadas en movimientos o a través de grupos y redes, incluyen hoy temáticas tan diversas como la defensa ambiental, la promoción de derechos humanos, etc. Por otra parte, la lucha es por aquella reivindicación próxima y fundamental, primando la actuación en los espacios de la vida cotidiana frente a interlocutores inmediatos por la obtención de logros efectivos e instantáneos, aún cuando persistan como horizonte utópico ideas de cambios en la sociedad global. Al mismo tiempo, se acentúa el reconocimiento por la heterogeneidad, la ubicación de los integrantes en la organización o movimiento se asienta sobre las diferencias individuales. Las estructuras verticalistas y la anulación de las particularidades en pos de la constitución de un colectivo masificado no adquieren prioridad en estos espacios. Además, predomina la participación a través de pequeños colectivos y grupos con formas de organización poco institucionalizadas, asentadas en modalidades horizontales y redes informales, flexibles y transitorias.

Sin embargo, el carácter de las clasificaciones da cuenta sólo en parte de la descripción del fenómeno, si bien en nuestro caso algunas de las características enunciadas están presentes, desde su misma conformación el MTD no surge ligado a una acción exclusivamente juvenil y además contiene como componente fundamental reivindicaciones sobre aspectos económicos y políticos. En este elemento, que atraviesa la conformación del movimiento, radica la tensión y complejidad de asimilarlo plenamente con categorías donde estas demandas parecen disolverse. Reconocer el carácter primario de tales reivindicaciones

no implica desconocer que al igual que toda acción colectiva obedece a gestaciones complejas en el interior de la sociedad, y su abordaje debe incluir dimensiones que no sólo lo reduzcan a simples respuestas ante la crisis económica o desintegración social.

Por eso rescatamos el aporte de Melucci,(1999) quién definió los movimientos sociales como formas de acción colectiva que explicitan un conflicto social, apelan a la solidaridad y operan como signos desafiantes-reveladores de la irracionalidad y parcialidad del sistema de códigos culturales dominantes. Considerándolos como sistemas de acción, la tarea de nuestra investigación se orienta a profundizar en el conocimiento sobre sus producciones simbólicas, que permiten la conformación de identidades tanto individuales como colectivas. Ciertamente Melucci aclara que si bien en los movimientos sociales contemporáneos se destaca la alta presencia de integrantes jóvenes esto no debe ser interpretado de manera esencialista atribuyéndoles una predisposición a la participación, sino que es un rasgo asociado a su actitud vital motivada por la sensación de que el desarrollo personal aún no se ha completado. La condición juvenil no determina la integración en una acción colectiva ni la constitución misma de un movimiento social.

Los juvenólogos señalan la prioridad de fomentar la participación del joven como hecho vital para el desarrollo de nuestras sociedades, y es que la relación entre los procesos económicos, formas políticas y pautas culturales, anuncia nuevos retos, ante las profundas transformaciones en los canales tradicionales de integración social (familia, escuela, trabajo) y frente a la desarticulación de las vías tradicionales de participación política.

En el ámbito académico el tema de la participación juvenil cobra cada vez más espacio, es cierto que ambos: “juventud” y “participación” son términos que están siendo debatidos. El autor chileno Diego Palma reconoce que, desde diferentes sectores que retoman el eje de la Educación Popular, una de las propuestas vigentes consiste en entender la participación: “Como una *práctica* cuyos propósitos se ubican, fundamentalmente, en la línea del desarrollo *de las personas que participan*. La práctica es una acción responsable, que busca modelar la realidad según intención [...] pero se caracteriza porque en el mismo tiempo y en el único acto constituye en sujeto a quien impulsa esa acción; el sujeto se construye en el mismo acto en el que construye su mundo de vida” (1998:48).

Las dificultades para establecer precisiones en la delimitación del concepto “juventud” y la misma polisemia con que es utilizado, se vinculan con las transformaciones del contexto socio-histórico donde se produce. Actualmente, el debate se exagera y los rasgos etarios-biológicos pierden parte de su peso específico central, tal laxitud permite priorizar “lo juvenil” asociándolo con aptitudes y comportamientos. Dada la profunda fragmentación social se prioriza el reconocimiento de las diferencias entre posiciones-situaciones, recurriendo al contexto que condiciona las formas de ser joven y la manera en que las experiencias se traducen en rasgos, culturas y estilos de vida situacionales.

En este ensayo consideramos, que a pesar de las imprecisiones a la hora de delimitar la juventud en este u otro período histórico, lo que denominamos como tal, tiene en principio una base material anclada en la edad como posesión de un capital temporal (plus), *moratoria vital* en términos de Margulis y Urresti,(1996:24) facticidad del tiempo que los aleja de la muerte, diferenciándolos. Sumado a este elemento, ampliamos nuestro enfoque a partir del concepto de generación, que refiere al hecho de ser socializados bajo los parámetros de una misma época. Características distintivas, a las cuales sobrevendrán luego diferencias

sociales y culturales propias de la posición-situación, que sectorializan el modo de transcurrir por esa y cada una de las etapas de la vida.

A efectos de este análisis, se reconoce a la juventud como la población comprendida entre los 19 y 29 años de edad, generación severamente afectada por los cambios antes mencionados en la estructura social. Tomando en cuenta las especificidades de jóvenes en sectores más pobres, los mismos autores han señalado que en estos “[...] se comienza a trabajar más temprano, en trabajos manuales o de poca especialización. También suele ser más temprana la constitución de la propia familia y la reproducción de la misma.” (Margulis y Urresti, 1996:15).

Reflexionando sobre el tema de la retracción en la participación juvenil y la ausencia del ejercicio de la ciudadanía juvenil Sandoval, (2000) rescata la distinción que realiza Mario Villareal (1999) sobre la clasificación de dos tipos de ciudadanía: – La ciudadanía política, referida a los derechos de participar en el poder político, como votante o mediante la práctica política activa, y – La ciudadanía social, asociada al derecho de gozar de un estándar mínimo de vida, de bienestar y seguridad económica. Entre ambos existe una tensión que afecta a los jóvenes y sobretodo al sector marginado socialmente.

Es justamente sobre esta tensión que emerge la forma de participación propia del MTD articulando como base de sus demandas reivindicaciones vinculadas con ambos tipos de ciudadanía. Si bien sus jóvenes integrantes forman parte de aquel sector prioritariamente afectado por los cambios estructurales, en ellos antes que la *apatía* o la *retracción* encontramos una manera de participación viabilizada a través de su integración en este colectivo en construcción. Nos sumamos así a aquellos autores latinoamericanos que problematizan sobre la participación juvenil rescatando una de tales experiencias, y nos proponemos explorar en la configuración de representaciones sociales.

De acuerdo a la terminología académica el concepto de representación refiere a la construcción de imágenes mentales acerca de alguna cosa, evento, acción, o proceso. A partir de los estímulos en interacción con el exterior, se realiza la actividad representativa, que en la medida que es conservada constituye el elemento de una creencia. Desde la perspectiva de Jodelet, (1986:474) “Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio del entorno social, material e ideal. □...□ La caracterización social de los contenidos o de los procesos de representación ha de referirse a las condiciones y a los contextos en los que surgen las representaciones, a las comunicaciones mediante las que circulan y a las funciones a las que sirven dentro de la interacción con el mundo y los demás.”

Se trata de un proceso cognitivo a cargo de un sujeto activo, donde los productos construidos no son inmutables, las imágenes existentes también intervienen como estímulo en la elaboración de nuevas representaciones. En la actividad representativa los estímulos difieren, la situación y posición contextual de cada ser explica la posibilidad de variaciones y traza la apertura para comprender que las representaciones sociales pueden ser compartidas por grupos con roles, hábitos, situación ocupacional, o cualquier otro elemento común que aliente la creación de una identidad colectiva.

Antecedentes

Estudios latinoamericanos han rescatado la experiencia de jóvenes participantes en movimientos sociales, organizaciones y redes sociales. Las investigaciones que incursionan en los espacios juveniles de participación dan cuenta de nuevas pautas y características de comportamiento disímiles a las de antaño; y es que los contextos históricos han variado, en parte, el carácter de las luchas. Sin embargo, poco se ha indagado sobre las representaciones de los sujetos participantes en dichos movimientos.

Lesli Serna (1998) debate con aquellas interpretaciones que caracterizan al universo de los jóvenes contemporáneos como: “apáticos y carentes de utopías”. Bajo los retos de un contexto signado por la globalización, el influjo de procesos de fuerte exclusión social -desempleo masivo-, impacto del narcotráfico y auge de industrias culturales, rescata y presenta un panorama sobre las experiencias de organizaciones juveniles existentes en México.

Desde el análisis de los movimientos juveniles en Centroamérica, Bolívar Franco considera que el abordaje de jóvenes en movimientos sociales debe ser inscripto en función del contexto particular de cada país y analizado como producto del sistema. De acuerdo a su exposición, en Centroamérica actualmente “no existen indicios de un movimiento juvenil que luchara como tal, por los intereses de los jóvenes” (2000:117). Sin embargo, resalta la presencia de jóvenes que luchan desde distintas organizaciones e instituciones, y propone que la apatía en relación a la política podría dar cuenta del rechazo a los canales tradicionales, más que a la falta de motivaciones o desinterés por participar.

Otro aporte es el de Raúl Zibechi (1997) quien realiza un seguimiento del movimiento juvenil-estudiantil uruguayo durante la década del noventa desde la creación de la Coordinadora Anti Razias hasta las ocupaciones de liceos estudiantiles en agosto de 1996. Reflexiona y analiza sobre las formas de participación en jóvenes contestatarios pertenecientes a aquel sector social que se resiste a ser despojado de sus derechos ciudadanos. Rescata su intervención como sujetos capaces de poner en cuestión el sistema a través de la defensa y reproducción de sus propios estilos culturales. Sostiene que los caminos abiertos por la rebelión juvenil de la década del sesenta son aquellos por los que transita hoy el sector contestatario, sin embargo la forma de participación adquiere un estilo particular, signo de ruptura con los elementos que predominaron en las movilizaciones precedentes.

Morales Gil la Torre realiza una investigación sobre cinco redes de organizaciones juveniles mexicanas, estudio que forma parte del proyecto de investigación: “Fortalecimiento de la movilización juvenil en México. Redes y organizaciones” impulsado por el Instituto Mexicano de la Juventud y la Fundación Ford 2000-2002. Entre las principales conclusiones de su trabajo describe que las redes, conformadas por agrupaciones en todo el país, han adoptado múltiples formas de autogobierno y son muy distintas entre sí, dando cuenta de la diversidad y multiplicidad de espacios de participación juvenil.

Dentro de la vasta producción académica sobre temáticas vinculadas al deterioro de los canales típicos de integración social, autores argentinos han centrado sus análisis sobre el impacto simbólico de estos procesos en jóvenes de sectores populares. Una investigación reciente rescata la visión de estos sobre sus experiencias a partir de los cambios producidos en las condiciones estructurales, proponiendo el término de “desciudadanización estructural” para dar cuenta de un proceso que refiere a una suerte de pérdida de la propia visibilidad como sujetos de derecho (Auyero, 1993: 117).

Denis Merkler, (2000), a través de una descripción etnográfica aborda la historia de dos jóvenes de un asentamiento del Gran Buenos Aires y propone avanzar en la comprensión de como vivencian el trabajo y el estudio, articulando biografías individuales y la historia de una acción colectiva. Interpreta que las acciones individuales y colectivas -ambas signadas por la misma pesquisa de nuevos espacios de pertenencia- se mueven bajo una lógica basada en la búsqueda de la oportunidad y la obtención de resultados inmediatos de la acción, en el marco de los sitios vacantes producidos por las instituciones que funcionaban antes como garantes de integración social.

En cuanto al caso particular del Movimiento de Trabajadores Desocupados se han publicado hasta el momento dos trabajos que reseñan su historia, a través de la recopilación de datos periodísticos, y del discurso de integrantes destacados (Oviedo, 2001; Kohan, 2002). Sin bien aportan un material novedoso y esclarecedor sobre estas nuevas propuestas de acción colectiva son esbozos orientados a difundir las propuestas más que a problematizar sobre algún aspecto particular de las mismas. Se suma a ellos una nueva línea intelectual en fusión con las experiencias colectivas, como las publicaciones del Colectivo Situaciones, recientemente "Dario y Maxi" Dignidad Piquetera, documento confeccionado al interior del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón. Finalmente dos publicaciones actuales aportan datos centrales para el debate sobre la experiencia "piquetera". Svampa y Pereyra, (2003) a través de la reconstrucción histórica de los movimientos piqueteros, problematizan la conformación de un nuevo sujeto social e indagan en las nuevas modalidades organizativas y comunitarias generadas a partir de la experiencia de los desocupados.

Raúl Zibechi, (2003) reconstruye la genealogía de la "revuelta Argentina de los '90" otorgando a los jóvenes un papel central. El impacto de los profundos cambios culturales de las últimas décadas cobra expresión en un recambio generacional que inaugura rupturas con la cultura juvenil precedente, manifestándose en estilos y formas de vida anticipatorios y promotores de cambios políticos sociales más amplios. Desde allí analiza la constitución de colectivos autónomos, incluyendo MTDs de la zona Sur del Conurbano Bonaerense, y su papel en el proceso emergente.

Metodología

Este trabajo se plantea como problema principal conocer cual es el soporte simbólico material en los jóvenes adscriptos a un nuevo movimiento social que podría dar cuenta de su participación. Bajo un enfoque dialéctico, consideramos que las prácticas y representaciones resultan en un diálogo con el contexto socio histórico y cultural donde se inscriben, como procesos orientadores del curso de la acción. El objetivo general de la investigación es analizar la configuración de representaciones político-sociales acerca de la participación en jóvenes integrantes del MTD de Lanús, abordando los siguientes objetivos específicos:

- 1- Indagar sobre la inserción de los jóvenes en actividades productivas/comunitarias como una instancia participativa al interior del movimiento: Interesa profundizar en las representaciones sobre el concepto de trabajo y su vinculación con las opiniones sobre los roles/tareas desempeñados en el marco del movimiento. Además, explorar las diferencias y similitudes que encuentran entre su participación actual y sus experiencias previas de trabajo, y sondear en sus expectativas de futuro.

2- Explorar en sus representaciones sobre la política: En este sentido nos interesa conocer sus representaciones acerca de los partidos políticos y la democracia en términos amplios, ahondando en la construcción y reconocimiento de adversarios. Al mismo tiempo, en las visiones sobre la práctica asamblearia como instancia de participación en el movimiento. Indagando en la valorización de su experiencia en el MTD a la luz de sus trayectorias.

La metodología utilizada para el desarrollo de la presente investigación se corresponde con un diseño de tipo exploratorio-descriptivo. Dadas las características de la misma y los objetivos planteados, la forma de abordaje se inscribe en la vertiente metodológica cualitativa. Enfoque que parte de la preocupación por comprender los propios puntos de vista de los sujetos involucrados en las problemáticas investigadas. Dos fueron las técnicas utilizadas: observación y entrevistas semi-estructuradas recurrentes. El uso de ambas permitió el análisis reflexivo posterior. Nuestra muestra quedó conformada por 12 jóvenes -5 son mujeres y 7 varones- participantes del MTD de Lanús que actualmente desempeñan alguna tarea en los grupos productivos/comunitarios del colectivo.

Contexto histórico: Argentina en conflicto

En Argentina durante los noventa asistimos a una acentuación del conflicto asociado a la consolidación del régimen de acumulación iniciado a mediados de la década de los setenta -cuyo eje conductor es el predominio de la valorización financiera- que implicó concentración de la riqueza, descapitalización del Estado y fuerte endeudamiento externo. (Basualdo, 2000; Azpiazu, 2001; Schuster, 2001).

Las respuestas de corte neoliberal han reforzado el proceso de fragmentación y atomización social, la aplicación de medidas de ajuste estructural contribuyó al deterioro de las condiciones de vida de gran parte de la población, indicadores como el desempleo y la desigualdad distributiva alcanzaron altísimos niveles.

Fenómenos como la desocupación, subempleo, devaluación de las credenciales educativas, el deterioro de la educación pública, la crisis del Estado y la insuficiencia de políticas sociales, trazan un panorama poco alentador, sobre todo cuando la exclusión también está vinculada a la territorialización. Si bien la población en su conjunto se ve afectada por el desarrollo de estos procesos, la polarización social acentúa la disparidad y se transcribe en condiciones de mayor riesgo social para el caso de los jóvenes de sectores populares. Situación estructural que retroalimenta un imaginario social donde posición social desfavorable y criminalidad resultan indisociables.

El imperio económico sigue siendo “vedette” de la época, sus desequilibrios coexisten con un proceso político altamente conflictivo. Si el pasaje de regímenes dictatoriales hacia la instalación de formas democráticas de gobierno parece haber logrado cierto éxito desde el '83, es evidente el deterioro de mediaciones político institucionales tradicionalmente concebidas como canales vehiculadores de demanda social (sistema de partidos-organizaciones de grupos de interés), actualmente atravesados por una fuerte crisis de representación, entendida como escisión entre representantes-representados. Paralelamente, adquieren preeminencia diferentes modalidades de participación y formas de procesamiento de la conflictividad, que interpelan a un Estado cada vez más subordinado a la lógica del mercado y cuya legitimidad resulta cuestionada severamente. Asistimos así a la degradación del Estado como instancia de coordinación jerárquica de la sociedad.

Los sucesos acontecidos en la última década dan cuenta de una intensificación significativa de la movilización social y del surgimiento de nuevos actores portadores de múltiples demandas de impugnación al modelo³. Los ejes estructuradores de la protesta en los 90' han estado fuertemente vinculados a la preservación o defensa de derechos adquiridos durante el siglo XX. El carácter particular del reclamo que alimenta la emergencia del Movimiento de Trabajadores Desocupados se inscribe en la misma dirección; como su nombre lo expresa, ante la pérdida de un trabajo remunerado formal e informal, -que implicaba para el caso de los trabajos formales derechos sociales, protección social y estabilidad laboral-, la lucha se entabla en pos de recuperar un espacio social "vital", reivindicando la figura del trabajador -asociada al conflicto articulador por excelencia en la larga historia de la sociedad industrial-⁴. Los cortes de ruta, emblema del MTD "piqueteros", son la forma que asume la protesta de gran parte de los movimientos actuales que, habiendo surgido de un proceso iniciado en el interior del país a mediados de la década anterior, han cobrado creciente popularidad. Ahora, si bien la protesta es la manifestación visible de la lucha, sólo es un momento acotado y parte de la construcción de un movimiento mucho más complejo y profundo que se despliega en tiempos y espacios diversos. Generando, en el caso del MTD de Lanús, múltiples instancias de participación que constituyen nuevas formas de organización y construcción territorial.

Principales cambios del Conurbano Bonaerense

Para comprender el MTD es necesario tener en cuenta las condiciones generales que determinan su emergencia en un tiempo y lugar histórico concreto. Como hemos señalado, las políticas neoliberales han significado la pauperización de amplios sectores sociales. El Conurbano Bonaerense, severamente modificado en su fisonomía, expresa en cifras inéditas el crecimiento de indicadores como el desempleo⁵. De acuerdo a los datos -provisorios- del Censo 2001, su población asciende a 8.684.953 habitantes, concentrando el 24,1% de la población total del país.

Los indicadores de pobreza por ingresos dan cuenta de que hacia mayo de 1991, el 35,2 % de la población se encontraba por debajo de la línea de pobreza⁶, mientras que para el mismo mes del 2003 la población en iguales condiciones ascendía al 61,3%.

En este sentido, el análisis de Morano, Lorenzetti y Parra, (2001)⁷ permite visualizar las principales transformaciones acontecidas entre 1991 y 2000 en todo el territorio del Conurbano Bonaerense. Entre los principales datos aportados se destaca que los indicadores de participación e inserción laboral han evidenciado cambios significativos como: "el aumento de la actividad, la desocupación abierta y el subempleo".

El estudio señala que el Tercer Espacio Social (CB3 que incluye los partidos de: Almirante Brown, Berazategui, Lanús, Lomas de Zamora y Quilmes) cuenta con la población que se impulsa en menor medida a la actividad y mantiene igual nivel de empleo inter-período a costa de un aumento del subempleo horario y de los asalariados sin jubilación. Ambos, indicadores de baja calidad del empleo, se complementan con una mayor presión de los ocupados sobre la búsqueda activa de un trabajo adicional. Así, la demanda de empleo es la de mayor crecimiento. Otra característica es la menor proporción de ocupados en actividades manufactureras y de servicio doméstico que se ve compensada por un aumento en los trabajadores del transporte, servicios financieros, inmobiliarios, empresariales y de alquiler y en menor medida la construcción. "Paradójicamente este cordón de los partidos

tradicionalmente industriales, es el que hoy presenta menor peso relativo de ocupados en la manufactura” (2001:32).

En datos estadísticos, para el CB3 la tasa de desempleo entre 1991 y 2000 (6,8 % y 15,6% respectivamente) alcanza una variación del 129,4 % interperíodo. Mientras que la tasa de demandantes de empleo crece en un 139,8% pasando del 17,1% al 41,0%, en el mismo lapso temporal. Según estos autores, y tomando como fuente de información los datos relevados en octubre del 2002 a través de la EPH la tasa de desocupación asciende a 21,9 % y la tasa de demandantes de empleo a 49,3 %. Por su parte los no asalariados significan el 28,5 % de esa población.

El grupo de edad entre 20 y 29 años representa un 14,5 % de la población del CB3 en octubre de 2002; la tasa de actividad de varones hasta 29 años es de 56,8 % y de las mujeres del mismo grupo etario es de 42,9 %.

Breve descripción sociodemográfica de la zona

Lanús, territorio donde se llevó a cabo la investigación, es parte del Conurbano Bonaerense, zona sur y ha sido cuna del primer saladero instalado en el país. Históricamente ha conformado el Primer Cordón Industrial, en épocas donde el horizonte temporal se delineaba en función de un país con desarrollo de la actividad industrial. Las huellas de ese pasado se observan en cada fábrica deshabitada.

El municipio es liderado por un intendente que actualmente ejerce su sexto mandato y fue reelecto en las últimas elecciones, figura emblemática y actualmente presidente del Partido Justicialista. El gobierno municipal se caracteriza por haber ejercido históricamente prácticas políticas paternalistas y clientelares.

El espacio territorial donde se asienta el MTD de Lanús comprende parte de la localidad de Monte Chingolo que cuenta con 81.479 habitantes, de los cuales 20,4% se encuentran dentro del grupo poblacional de entre 20 y 29 años de edad (Censo 2001), y es un área urbana con netas características de marginación socioeconómica.

A pesar de no contar con información específica y actualizada sobre los barrios en los que se extiende el MTD de Lanús, a partir de nuestra observación hemos podido relevar las siguientes características: Se trata de predios donde coexiste una combinación de lo tradicionalmente denominado “villa” y “asentamiento”. Las viviendas son precarias, aunque muy heterogéneas entre sí, y existen amplios sectores de ranchos. Cuentan con servicio eléctrico, en algunas zonas con redes cloacales y generalmente, con gas envasado. En un mismo terreno se disponen varias casas o ranchos, donde suele habitar más de un núcleo familiar. Dentro de los pobladores del barrio, que aún cuentan con trabajo, las ocupaciones más frecuentes son de escasa calificación. Las changas, venta de elementos de desecho, y tareas relacionadas con el cirujeo en basurales, son habituales. En el caso de las mujeres son frecuentes los empleos de trabajo doméstico, costura en domicilio o elaboración de comida para la venta en el barrio.

El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Lanús

El MTD de Lanús⁸ nace en 1998 como desprendimiento del “MTD Movimiento Resistir y Vencer” de la localidad de Avellaneda, ubicado a tan solo unas cuadras de Monte Chingolo. La escisión se produce cuando tres de sus integrantes que cuentan con experiencias previas en acciones colectivas alejadas del registro partidario -uno de los cuales habita en el Barrio La Fe-, deciden separarse tras su desacuerdo con el apoyo electoral al Polo Social. A partir de entonces comienza la incipiente formación del MTD de Lanús, que en sus orígenes nuclea un reducido grupo de vecinos, donde las redes familiares ocupan un lugar de peso. Es una zona donde histórica y tradicionalmente las redes del entramado barrial se entrelazan con el funcionamiento de prácticas partidarias fuertemente enraizadas en el vecindario, no obstante, el desprestigio y la inconformidad con el desarrollo de políticas sociales implementadas desde el nivel municipal mediante los “punteros barriales” cobra impulso en los ‘90. Las irregularidades en la adjudicación de terrenos fiscales en los últimos tiempos constituyen un antecedente en este sentido.

El MTD aglutina parte de redes vecinales/familiares, tanto asociadas previamente al vínculo partidario, como a habitantes que no contaban con experiencias previas en prácticas conjuntas. En un primer momento el grupo acompañaba el ascenso de la conflictividad social con su presencia en los “cortes de ruta” en la zona sur efectuados por MTD Solano, Varela, etc. Posteriormente organizan la “Comisión de Desocupados” en el Barrio la Fe tras la puesta en marcha del mecanismo asambleario, y entablan demandas por la obtención de puestos de trabajo a través de un “piquete”, medida aplacada por el municipio con la entrega de subsidios mensuales que, como contraparte, contemplaban la asignación de una tarea estipulada por el mismo organismo. Este vínculo se altera luego, la “autonomía” en el manejo de los planes sociales fue conquistada a partir del avance de la conflictividad social y las orientaciones de la política social implementada por el Gobierno Nacional y consistió en la elaboración y presentación de proyectos por parte del movimiento para la obtención de subsidios sociales a sus integrantes. Desde entonces, la obtención de planes de empleo requirió la conformación de un instrumento legal: la constitución de una ONG desde donde presentar proyectos “productivos/comunitarios” que después de aprobados daban curso a la integración de beneficiarios de planes sociales en esos “proyectos”; tras ese quiebre, tanto la coordinación como la formación de grupos de trabajo dependen de la articulación al interior del mismo colectivo.

El contenido de la lucha se traza en función de una clara oposición al modelo neoliberal, cuya vigencia produce y retroalimenta su situación de “desocupados.” Los planes y subsidios no son el fin último de su reivindicación, sino una herramienta necesaria para su supervivencia actual. Tomando en cuenta el universo de movimientos sociales sus referentes próximos son el MOCASE de Santiago del Estero y el Movimiento de los Sin Tierra de Brasil, también el UTD de General Mosconi. Participan, junto algunos de estos movimientos del COPA Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas.

Dentro de los nuevos movimientos de carácter urbano con formas de construcción local, el MTD de Lanús es uno de los casos donde se combinan métodos de protesta, trabajo de organización territorial y nuevas propuestas de grupos de trabajo productivos/comunitarios, delineando el entramado de prácticas de participación con características peculiares, que constituyen el núcleo central de nuestro abordaje.

Desde sus propios argumentos, las consignas que orientan su acción: -Trabajo -Dignidad -Cambio Social, son dimensiones orientadas en un mismo sentido. El trabajo barrial se

encarna en tres postulados básicos: Autonomía, Horizontalidad y Democracia Directa. La autonomía refiere a la independencia en su vinculación con el Estado, si bien la demanda se dirige básicamente al mismo, se pugna por conservar la potestad del espacio colectivo. Pregonan así una forma de construcción propia, vehiculizada a través de métodos de acción propuestos desde el mismo movimiento. El criterio rector de la horizontalidad está asociado a una construcción compartida entre iguales, donde las instancias decisorias colectivas priman ante la presencia de cualquier tipo o forma de liderazgo. La democracia directa refiere a los mecanismos de decisión interna y se practica a través de la asamblea, órgano máximo y expresión “soberana” del colectivo, que requiere la participación de los miembros y el debate como proceso para la definición de medidas con carácter vinculante.

El trabajo territorial se ha materializado en la creación de cuatro “galpones del MTD” en los barrios: La Fe, Urquiza, La Torre y Gonét. En cuanto a su estructura organizacional se divide en áreas operativas: Grupos de Trabajo Productivos (panaderías, huerta, bloquera, etc); Grupo de Trabajo Comunitario (Cocina, Obra, Biblioteca, Copa de leche) y Áreas de Trabajo Organizativo y Comunitario (Administración, Relaciones, Finanzas, Prensa, Formación). Al compás del funcionamiento de todas estas áreas reproducidas en cada uno de los barrios se asignan y distribuyen tareas, articulándose así, la participación de los integrantes, que se reconocen entre sí bajo el término “compañeros”.

Actualmente, nuclea, aproximadamente, 300 familias y recibe una cantidad similar de subsidios de distinto tipo: provinciales, nacionales y municipales, cuenta también con escasas cuotas de mercadería para los comedores y copas de leche. La dinámica de los distintos programas: Planes Bonaerenses, Jefes y Jefas (en mayor proporción) y P.E.L., atraviesa y funda el movimiento⁹.

Los participantes son, casi en su totalidad, habitantes próximos a los espacios territoriales donde se despliega el movimiento. En cuanto a las diferencias inter-género se denota una mayor proporción de concurrencia femenina, sobre todo entre los mayores de 30 años.

En términos etéreos se verifica una profunda heterogeneidad, sin embargo, es notoria la presencia de participantes de 18 a 30 años. Su intervención en las instancias colectivas cuenta con el mismo peso que el otorgado a los miembros de mayor edad, las formas de acción básicas no son definidas unilateralmente por los adultos. Se evidencia así, un intercambio generacional que retroalimenta la dinámica grupal. La especificidad de la condición juvenil no establece membresías ni deslegitimidades. Las tensiones y conflictos propios del proceso de construcción cotidiana no anuncian un enfrentamiento de los jóvenes con respecto a la autoridad de los adultos, ni una lucha entablada en pos del logro de su autonomía¹⁰. En este sentido, no existe tampoco un grupo compacto de jóvenes con inquietudes de establecer diferencias a partir de un reconocimiento de su condición juvenil específica. La adscripción al movimiento está dada por un referente identitario compartido: la figura del desocupado, sus miembros se reconocen como tales, comparten esta condición habilitante para la generación del movimiento y radical para el establecimiento de su lucha cotidiana. Las diferencias planteadas en términos de género o generación quedan subsumidas ante la especificidad que confiere el elemento común¹¹.

Las instancias de participación básicas: asambleas, cortes y grupos de trabajo, confieren la dinámica temporal de una vida muy activa al interior del movimiento. Sortear la pasividad es una tarea cotidiana, el esfuerzo aparece como el recurso central en la construcción de los

espacios, y las acciones hallan justificación en el compromiso de los integrantes. La distribución del tiempo, si bien establecida por el ritmo de los grupos de trabajo -reglamentado en horarios y lugares donde se desarrollan las tareas- reviste alteraciones por su complementariedad con los cortes de ruta y marchas, que otorgan un elemento identitario constitutivo, e irrumpen en la cotidianeidad del resto de los espacios.

El camino a piquetero

Quizás sea pretencioso delinear en un trazo la salida-llegada de una experiencia de existencia tan peculiar como la que conlleva la integración a este reciente fenómeno de acción colectiva. Aludimos a la misma como un itinerario que se entreteje cotidianamente y que implica para los jóvenes entrevistados habitar un espacio de confrontación ante las condiciones surgidas por los cambios del contexto. Cambios que representan no solamente el deterioro de una condición material y social de existencia sino también, una tensión en las narrativas de futuro tal como han sido pensadas en la matriz-cultural anterior, que en líneas generales aludía a una sociedad con cierto espacio de movilidad social ascendente. Ruta, que si bien pertenecía con mayor propiedad a la imagen del joven de clase media, no dejaba de indicar la dirección “posible” del sector poblacional denominado como “joven” y dentro de este el de los sectores populares, aún con sus enormes disparidades. Estamos ante una estructura social cada vez más asimétrica a la hora de las posibilidades sociales y ocupacionales entre los distintos sectores sociales y esto conforma parte de la experiencia palpable en las biografías.

La amplia presencia de jóvenes de ambos sexos en el movimiento lejos de ser un mero dato cuantitativamente importante es un aspecto cualitativamente significativo. Nutren e imprimen con su presencia la dinámica de la construcción en curso, y muchos de ellos ocupan lugares centrales en la organización.

Los jóvenes y su trayectoria

En este apartado ahondaremos en rasgos distintivos de las trayectorias de nuestros entrevistados, explorando en la intersección entre biografías y experiencias actuales en el marco de la acción colectiva. El nivel interpretativo propuesto es el escenario de códigos compartidos -símbolos y significados- que expresan las declaraciones de los entrevistados. Partiremos de sus enunciados, los relatos sobre sus experiencias de vida y las prácticas que realizan cotidianamente, a modo de que estos nos presten un insumo para aventurar interpretaciones sobre sus representaciones sociales. A través de esta exploración se intentan exponer elementos de sus experiencias vinculados con relaciones y procesos sociales más amplios.

Entre nuestros entrevistados, se observan características comunes, en general todos ellos son residentes de la zona desde pequeños y forman parte de núcleos familiares extendidos. En el ámbito de la educación formal, las trayectorias dan cuenta de la finalización del ciclo primario en establecimientos públicos, en cuanto a los ciclos posteriores, en la mayoría de los casos el pasaje por la escuela secundaria ha sido interrumpido -tanto por la inclusión al mundo laboral como por uniones conyugales, especialmente en las mujeres-. Uno de los entrevistados continúa estudiando actualmente, en el nivel universitario, y para todos ellos la educación adquiere una valoración altamente positiva manifiesta, en parte, en los deseos de continuar con algún tipo de estudio.

Hace por lo menos un año que integran el MTD, cobran un subsidio y realizan tareas en grupos productivos/comunitarios. Circunscribiéndonos a sus trayectorias laborales, es necesario destacar que su experiencia remite casi unívocamente a condiciones de inestabilidad y precariedad. La inserción temprana al mundo del trabajo es un dato frecuente. No han incursionado en prácticas partidarias, tampoco sus historias refieren a tradiciones de acciones colectivas de envergadura, es más, para muchos, la intervención actual constituye su primer intento. Si bien la mayoría no reseña haber tenido experiencias de participación, este dato es aún más notorio en el caso de las mujeres. En aquellos jóvenes que cuentan con antecedentes en prácticas participativas pudimos observar disímiles y variadas incursiones, verificando pasajes por organizaciones como sindicatos, Iglesias e hinchadas de fútbol. Este último no es un dato cuantitativamente relevante, pero sí nos parece significativo a la hora de intentar analizar las características que asume el tipo de organización/red en la que construyen un espacio de pertenencia.

Desde sus relatos la inclusión al movimiento esta mediada por una situación de carencia en cuanto a trabajo o vivienda, y fundamentalmente orientada por la búsqueda de respuestas a las dificultades económicas en el plano cotidiano. La prioridad es garantizar la propia subsistencia y la de sus familias. Notoriamente, hay consenso en la descripción del clima común de retroceso en las condiciones de existencia en relación con el pasado. Prevalece un reconocimiento de pertenencia a un sector poblacional “marginado” históricamente, no obstante el desmejoramiento de la situación económico-social adquiere una profundidad que altera medularmente el entorno poblacional. Tras ello, la desocupación, el aumento de la violencia interna y la droga, el degradamiento del sistema de salud y educación, todo se acentúa en los últimos años. Señalar esta proximidad no significa reducir la acción a su mera orientación instrumental. El colectivo, es también algo más, es un plus simbólico que establece el puente entre la reivindicación material concreta y la experiencia en términos de conformación de un espacio/tiempo común. Los procesos de acción colectiva no pueden comprenderse sólo como respuesta ante la amenaza a las posibilidades de supervivencia, si bien esta puede operar sustantivamente, otros factores inciden en la gestación de acciones colectivas¹².

“¿Por qué entraste?

Por la necesidad del trabajo. Después ya me empezó a gustar. Que nadie me da nada porque yo lo gano en la lucha; no le tengo que estar pidiendo nada a nadie porque yo me lo gano. No es que le tengo que rogar a alguien para que me dé algo. Yo lo gano. Lo ganamos en la lucha”. (Ev.N° 12, mujer, 27 años).

Habitualmente la forma de acercarse al movimiento es precedida por contactos de familiares o amigos. En la mitad de los casos uno o varios integrantes de sus familias forma también parte del movimiento, especialmente muchas madres se han incluido. Este es un indicador considerable a la hora de repensar el fuerte arraigo de la acción colectiva en dimensión cotidiana. Se trata de un contexto donde los vínculos familiares y vecinales guardan un peso significativo a la hora de buscar soluciones a los problemas inmediatos. Ninguno de nuestros entrevistados corresponde a un hogar unipersonal e incluso los unidos comparten frecuentemente la casa de los padres. Estos vínculos constituyen parte del colectivo mismo, amalgamando en su interior redes sociales preexistentes con creaciones inéditas, donde los lazos de solidaridad grupal y sistemas de obligaciones recíprocas intra e interfamiliares se reeditan cobrando peso. El énfasis está puesto en el entorno cotidiano, donde la práctica solidaria no deja de estar presente. Allí las fronteras espaciales, tanto materiales como

simbólicas tienden a dilatarse, el barrio, las casas, y los galpones del MTD forman en conjunto el territorio de acción.

"Mi mamá es espectacular! Mi mamá es una mujer muy frontal y medio que esto del movimiento no le gustó al principio porque le daba mucha vergüenza el qué dirán. Pero después, por necesidad se fue quedando y le gusta. Mi casa ya es casi MTD porque estamos en todos los lugares; ya no tenemos más lugar para hacer más cosas para el MTD". (Ev. N°11, varón, 26 años)

Los ámbitos generados en el interior del movimiento posibilitan el pasaje por una experiencia donde esfuerzos y acciones simultáneos conforman un bagaje de usos y costumbres útiles para vincular estrechamente. La constitución del espacio común está sometida a los problemas que acarrea la adaptación entre individualidades, pero al mismo tiempo abre la posibilidad de generar acuerdos y acercamientos. Esta imbricación posibilita, también, una forma de enfrentar el estigma generado alrededor de la figura del piquetero.

Las instancias colectivas permiten un canal concreto de expresión, reconocido en la narrativa de nuestros entrevistados. Las reconstrucciones en torno a su participación refieren un impacto en las historias personales que delimita un antes y un después, la conjunción entre trayectorias individuales y acción colectiva imprime en la constitución de los sujetos jóvenes. La adscripción alienta un estilo de participación posible que excede el marco de las reivindicaciones económicas, el participante pone su condición de tal en acto, pudiendo -tras organizar expresión y disposición- comunicar el descontento en búsqueda de contacto con la sociedad global.

"Siempre iba a los cortes a joder. Bah, a los cortes: a las marchas que se hacían en Capital. Por ahí estaba colgado en casa sin hacer nada: "y, vamos" □...□ ¡Guau!, decía, yo quiero ir a la marcha a romper las bolas. De última, a buscar pendejas; a cagarme de risa. Y ahora, loco, cuando putean, putean porque se están cagando de hambre. Es re loco el cambio que hizo ¿entendés?". (Ev.N°10, varón, 21años).

Este pasaje traza huellas en la comprensión del entorno y del conflicto social, atribuyendo nuevas visiones y posibilidades de acción a los sujetos. Al tiempo que la inclusión remite a un proceso de transformación, el ritmo y las peculiaridades que este adquiere están asociadas a variables propias de las historias biográficas, tan únicas como sus portadores. Es bajo la influencia de estas prácticas donde se identifica el devenir como protagonista.

"Y ¿qué opinabas antes de ingresar al MTD del MTD? Mirá que estaba atrás de casa y sabía que estaba el MTD pero mucho no me llamaba la atención. Hasta que ví una asamblea, hasta que escuchaba lo que decían, por qué la lucha y por qué esto... Después, bueno. Pero antes, me acuerdo que no del MTD sino en general, veía en la televisión gente que iba a la casa de gobierno a reclamar y decía: ¿Pero estas mujeres no tienen nada que hacer en la casa que ir a molestar al gobierno? □...□ Criticaba a la gente que reclamaba lo que era justo. En ese momento no lo veía porque era muy televisiva. Ahora, ya no. O sea: creía mucho en la televisión; en lo que veía. □...□ Ahora lo veo diferente porque estoy dentro del movimiento". (Ev.N°2, mujer, 29 años).

La presencia directa constituye un lema, que otorga sello de pertenencia y avala para la asignación de un plan social. El ritual de iniciación generalmente se consuma con la asistencia a un "corte", de allí que el "puesto" sea ganancia de lucha. El piquete como soporte simbólico material es acto que construye-reafirma, invención que resignifica otorgando identificación activa y colectiva frente a la sumatoria de privaciones sociales. La habilitación y legitimidad del piquete radica en una doble cognición, por un lado, de una situación social que exige reparación y por otro, de la propia intervención en acto.

Los jóvenes son uno de los actores destacados a la hora de encolumnar los actos de protesta, su presencia representa una clave cultural pues sugiere la forma que adquiere la manifestación del descontento. La dinámica de conquista establece un fuerte lazo dado por su propio acuerpamiento, al tiempo que es canal expresivo de impugnación. Allí expresan colectivamente una forma de localizarse en los espacios intersticiales de la vida institucional que ya no les ofrece posibilidades.

“□...□ En un corte vos podés gritar, podés saltar, podés cantar, podés bailar, podés aplaudir; podés sostener una bandera y cambiarla. A mí, los cortes!!! Porque yo, ahí puedo soltarme tranquilamente. Hay cortes y cortes. No todos son iguales.” (Ev.N° 2, mujer, 29 años)

Sin embargo, la euforia tiene sus límites precisos, la amenaza de la represión y la propia condición de emergencia recorren las historias de los jóvenes. En el corte la imagen compartida de una situación/ posición social particular se afianza, es un elemento de identificación entre pares y reafirmación de la propia existencia, combinando un sentido instrumental y expresivo simbólico. Es el ámbito en que de manera explícita exhiben una crítica al sistema, descontento que no se circunscribe sólo a jóvenes de sectores populares. No se trata de una acción reivindicativa “por y hacia” la población joven, sino que comparten con las otras generaciones una demanda que los involucra directamente: la falta de “trabajo genuino.” A pesar de que su pertenencia generacional -experiencias vinculadas con instituciones (escuela/familiar/trabajo) en franca transformación durante su socialización- sugeriría un comportamiento diferencial al interior del colectivo, las distancias entre jóvenes y adultos se contrarrestan en función de la situación misma de privación y de los fuertes vínculos parentales en el marco de sociedades donde las rutas y las experiencias adultas conviven en el territorio de la incerteza.

La superación de la crisis estructural se concibe en función de un cambio social, que explícitamente no remite a la toma “del poder” sino que atañe directamente a la constitución de un lazo social diferente al hegemónico, envía a una modificación en las relaciones sociales. Este propósito implica un trabajo a largo plazo, un gran esfuerzo social del cual son parte, y en este sentido los jóvenes de nuestra muestra coinciden en un reconocimiento positivo de su papel en la lucha aún cuando el desafío sea un legado para las próximas generaciones. Sus expectativas con respecto al futuro se inscriben en esta lógica.

“...□...□ para mí me gustaría un mundo mejor; más trabajo y que nadie se quede afuera” (Ev.N°4, varón, 19 años).

“El MTD aspira al cambio social. Nosotros venimos poniéndolo en práctica desde las bases del barrio. Aportar solidaridad, poder aportar conocimiento. Poder aportar un poquito de alegría y poder compartir una mesa donde haya una olla de comida quizás para 100 y que la tengamos que repartir para 200.”.. (Ev. N°9, mujer, 29 años).

Las reivindicaciones así como la construcción de una nueva forma de acción colectiva responden a una visión del mundo social donde los criterios ético morales cobran un peso significativo, estos establecen una correspondencia entre la justicia, la dignidad y la igualdad en oposición a la vigencia de un sistema montado sobre sus opuestos. Así, la impugnación al sistema se asienta sobre criterios que van más allá de la mera crítica a un gobierno u organización económica específica, aunque en sí mismo la contengan.

“Yo no creo que con ir a una asamblea voy a cambiar el mundo. Pero sí, algo mínimo en este mundo tenés que hacer. Y los mínimos se juntan.” (Ev.N°8, mujer, 23 años).

“Primero, que no haya más barrio humilde; que seamos todos iguales. Que podamos ganar todos un mismo sueldo”. (Ev. N°9, mujer, 29 años).

“□...□ Los que tienen que cambiar son los de arriba, el Estado y ahí podemos llegar a construir otra vez el país que teníamos. Con trabajo ¿me entendés? qué se yo! Que había necesidades, pero no tanto.” (Ev.N°6, varón, 29 años).

El vínculo entre Participación y Trabajo

Se reconocen transitando un proceso de pauperización a partir del cual ellos y sus familias implementan múltiples estrategias de supervivencia, su inclusión en el colectivo forma parte del mismo entramado. Es difícil sopesar que elementos sobreviven del universo simbólico de la “cultura trabajadora”, donde el valor asignado al trabajo como dimensión estructuradora de identidades, de organización familiar y social se montaba fundamentalmente en el esfuerzo personal. Es también, alrededor del trabajo -desde su ausencia- donde comienza a forjarse la “identidad piquetera”.

Como hemos mencionado, las experiencias en el ámbito laboral, remiten a la inestabilidad y precarización, y en muchos casos dan cuenta de una inserción temprana al mundo del trabajo (característica típica en jóvenes de sectores populares). Trayectorias, cruzadas por la franca decadencia de la historia laboral de la generación anterior: sus padres. Actualmente no cuentan con vínculos laborales de ningún tipo, sólo uno de nuestros entrevistados ha expresado realizar una “changa”.

“Toda mi vida laburé. Hasta cuando no tenía edad; laburé con 8 años; ayudante de plomero, ayudante de gasista, de albañil. En el hospital Italiano de bachero (el bachero es el que limpia las ollas). Ayudante de cocina.¿Dónde más laburé? En una verdulería, en una empresa de radiadores. Laburaba en una panadería. Porque tenía ganas de laburar; porque no me cabía que mi viejo laburé 12 horas y yo, para salir los sábados a joder o ir a jugar a la pelota, tener que pedirle plata a él. Salí a laburar”. (Ev. N°10, varón, 21 años)

Se destacan variadas y múltiples formas de inclusión, en algunas biografías se combinan experiencias en empleos formales e informales, incluso trabajos como operarios de fábrica, pero, sin dudas las changas en cualquier rubro fueron las actividades más frecuentes en sus historias. Es obvio que para estos jóvenes un pasaje endeble y en general frustrante por el mundo del trabajo constituye su principal referente.

Las jóvenes participantes combinan pasajes por trabajos domésticos con experiencias en el rubro de servicios (empresas de limpieza/ gastronomía/ comercios minoristas) y en algunos casos trayectos como operarias de fábrica. Al igual que los varones ingresan temprana e informalmente al mercado laboral, pero su trayectoria aparece interrumpida por períodos en que se desempeñan como amas de casa, generalmente asociados con el ejercicio del rol materno. Y en este sentido, resulta relevante destacar que 4 de nuestras 5 entrevistadas tienen al menos un hijo y sólo una de ellas convive actualmente en pareja.

En cuanto a sus progenitores, se observa que algunas madres durante gran parte de sus vidas han sido exclusivamente amas de casa, mientras que en el terreno laboral sus trayectorias remiten casi unívocamente al trabajo doméstico, situación que varía en los últimos años con su inclusión en alguna instancia que les permita el cobro de un plan social -MTD o municipio-. Entre las trayectorias laborales de los padres encontramos con frecuencia

el desempeño de tareas vinculadas al ámbito industrial y al rubro de la construcción. Sobre todo en la última década, se destaca un pasaje hacia actividades alejadas de los oficios tradicionales y vinculadas al sector servicios. La discontinuidad se agudiza, e incluso las posibilidades de conseguir “changas” se tornan poco viables. Es decir, aún cuando esas experiencias no respondían a una inserción formal en el mercado laboral, hasta los ‘90 no se habían topado crudamente con la imposibilidad de mantener “cierta” continuidad, no habían experimentado una condición de desocupación como la que sobrevino.

Los cambios producidos en el mercado laboral constituyen un punto significativo a la hora de señalar ciertas rutas de transmisión de saberes en franco debilitamiento. En términos amplios, si antes la inclusión al ámbito fabril mediaba la adquisición de un saber u oficio específico, y establecía una rutina capaz de perdurar a lo largo -de toda o gran parte- de las trayectorias laborales; en el camino de nuestros jóvenes entrevistados estos tránsitos objetivamente han variado. Su cotidianeidad tanto actual como anterior no alude establecimiento de rutinas de larga data orientadas a la adquisición unívoca de conocimientos específicos (vinculados, por ejemplo, a un oficio). No obstante, en los esporádicos trayectos de inserción, o incluso a través de la experiencia familiar rescatan la transmisión de “saberes” útiles para un desempeño laboral, estos forman parte de las herramientas básicas con las que cuentan a la hora de repensar ocupaciones.

Intentaremos, entonces, reconstruir la configuración de representaciones sociales de los jóvenes, vinculando sus prácticas en los grupos de trabajo dentro del movimiento y el concepto de “trabajo”, situados en esta intersección ensayaremos sobre su encuentro.

La vida cotidiana al interior del MTD adquiere un ritmo intenso, las instancias de participación se distribuyen a lo largo de toda la jornada. Los grupos de trabajo se disponen por la mañana con un tiempo aproximado de cuatro horas de duración y la inclusión de cada participante se decide mediante asambleas, la participación en un grupo es un elemento fundamental que nutre el vínculo de adscripción. El desarrollo de tareas establece un itinerario que habilita el despliegue de aprendizajes adquiridos y la incorporación de nuevos. La rotación en las tareas, su flexibilidad, el recurrente pasaje por distintos grupos, la combinación entre distintos quehaceres son rasgos habituales. Los trayectos parecen remitirnos a una dinámica asociada a actividades transitorias, este carácter reproduce, en parte, la inestabilidad recurrente de sus propios itinerarios laborales.

La trasmisión de saberes al interior de los grupos no obedece a las mismas rigideces del aprendizaje formal, hay múltiples vías de difusión que incluyen un fluido intercambio generacional. La obtención de conocimientos y el despliegue de capacidades adquiridas como parte de sus experiencias de socialización anterior se conjugan para el desempeño de una tarea. En este sentido, esta dinámica de circulación opera potenciando y multiplicando el saber colectivo. Mas allá de contabilizar las capacidades es necesario destacar la aptitud frente a las posibilidades de aprendizaje y la valorización positiva del poder-hacer.

“¿Qué aprendiste a lo largo de todas las tareas que viniste haciendo?”

Aprendí en lo personal: a ser más solidario, más compañero; a saber compartir, a saber escuchar. Aprendí a saber callarme a tiempo. Aprendí a involucrarme un poco más. Y bueno, en sí, lo que aprendí es todo lo que es en base a lo que es panadería: todo lo que es el amasado. Yo antes, ni siquiera agarraba una harina para hacer miguelitos. La cocina, para mí, era de la mujer. Ahí aprendí que yo también puedo agarrar y hacer.” (Ev.N°11, varón, 26 años).

Ahora bien, el espacio de los grupos no ofrece una identificación plena con la idea de trabajo, una tensión los atraviesa. Si bien estos jóvenes no cuentan con trayectorias laborales fuertemente cimentadas en empleos formales, la noción del trabajo asociado a remuneración y cobertura de riesgos sociales no deja de estar presente como parte del horizonte de sus expectativas.

“Trabajo digno, ya te digo: no me importa de qué, dónde sea. Lo que me importa es que no tenga que cagar a nadie y gane bien. ¿Entendés? Y a la vez tenga la obra social, porque si vos ganás bien, podés tener a tu familia bien.” (Ev, N°10, varón, 21 años.)

En este sentido, la dignidad como valor forma un puente con la figura del trabajador en el esfuerzo personal por sustentar su supervivencia. Se reconocen en la herencia de la clase trabajadora y en términos generales remiten a extensos núcleos familiares donde los padres, a través de su inserción laboral, incluso precaria, eran los proveedores centrales del hogar. Aún cuando la posición de subordinación en la estructura social no estaba ausente, la posibilidad de consumir formalmente una asociación entre trabajador-dignidad, trazaba una diferencia con el hoy.

*“Y de tu mamá y de tu papá ¿qué aprendiste?
De mi mamá y de mi papá, aprendí dos cosas importantes: de mi papá, es que constantemente está diciendo “hay que estudiar, hay que estudiar m’hija. Yo no tuve la oportunidad de aprender e ir a la escuela; de aprender a leer y a escribir □...□ De mí mamá, de ser madre; de tratar de entender a los hijos. □...□ Y bueno; esas fueron cosas que te van inculcando tus padres: a tener una buena educación ante lo humilde que uno puede ser. El respeto y ser trabajador”.* (Ev.N°9, mujer, 29 años).

Cierto es que las representaciones sociales se conforman en un amplio arco en torno a lo que ya fue y lo que está siendo. Sin duda, la transmisión generacional se manifiesta en la asimilación de la figura del “trabajador”, más precisamente del modelo de valores que encarnaba, su recurrencia es un dato significativo, presente a la hora de señalar expectativas y resignificar su imagen en el mundo social. Esta figura se va delineando en función de los elementos que convergen en sus relatos, y dan cuenta de un modelo de integración social ausente.

Y es en este punto donde la referencia al ideario peronista reaparece como experiencia social que hondamente signó el rumbo desde donde los sectores populares pensaban su lugar en la sociedad y su papel en el ámbito político. En nuestros entrevistados esta referencia no contiene una visión lineal, los matices a la hora de retomarla reflejan trayectorias poco asimilables a un período de auge de ascenso social de la clase popular, no obstante la inscripción a los valores de un ideario que permeó la historia de sus padres reflota en su discurso¹³.

El debilitamiento inscripto en el “trabajo” como tópico de integración social, también habilita reflexionar sobre dimensiones vinculadas a las características propias del “trabajador” de antaño, pues ese “tipo” aludía a la formación de un perfil de trabajador, obediente con respecto a la escala piramidal, orientado en función del esfuerzo personal, y configurado a la luz de un proceso de disciplinamiento creador del espacio rutinario.

En rigor, ese carácter -disciplinario- orientador de la acción en el ámbito laboral, obviamente, no gobierna la experiencia actual de nuestros jóvenes dentro del MTD, donde prima el intento

por acentuar las acciones colectivas en términos de “igualdades”. Desde allí la mixtura generacional es un intercambio “novedoso”, es en general un complemento fructífero, pero también limitado sobre todo por emprendimientos productivos de corto alcance.

La tarea desempeñada actualmente adquiere valoración en relación a su aporte al movimiento, y sobre todo como una experiencia no disciplinaria y anti-jerárquica, ambos núcleos valuados positivamente. En torno a estos ejes se expresan los puntos contrastantes con las formas de inclusión previas al mercado laboral. Los relatos exponen y recrean una forma de organización del proceso de trabajo entre pares, rasgo que caracteriza la constitución de los grupos y al mismo tiempo indica una tarea/mandato de “entender” el proceso como parte del nuevo espacio generado.

Las diferencias cobran sentido debido al permanente contraste entre pasado/presente. La ausencia del “patrón” como figura clave se expresa en el conjunto, al tiempo que la separación en torno a la dirección, organización y ejecución del trabajo pierde peso. Así, la forma de organización piramidal en cuyo vértice se asentaba el dominio patronal y cierto tipo específico disciplinario se expone en confrontación al espacio actual. En este sentido, la desjerarquización y la escasez de disciplinas formales ubica a las actividades actuales en el centro de la escena como instancia diferente.

*“¿Te sentís de la misma forma que cuando estabas en otro trabajo?
No: mejor. Viendo que por ahí no produzco lo bien que tendría que producir; ni mucho ni nada. Pero nosotros hablamos y en la bloquera lo tenemos re conversado. La formación, la dimos nosotros solos: P., otro pibe que ahora no vino (P.), H., C., C. y yo. tenemos hablado que tenemos que entender esto: acá trabajamos sin patrón. Esto es distinto. Acá no tenemos patrón, nadie manda pero todos trabajamos. Eso lo tenemos que entender. Por ahí estamos laburando y paramos: pará ¿cómo seguimos?. Tenemos que charlar y decidirlo entre todos. Por ahí se hace más lento. Si no, hay uno que dice: esto se hace así. Nosotros no; tenemos que parar todos y decidir entre todos cómo se hace. Y eso, en la bloquera se lleva a la práctica.” (Ev. N°5, varón, 28 años).*

Un hecho significativo, a la hora de señalar diferencias, es el peso que adquieren las trayectorias laborales previas para repensar su propia posición con respecto a los grupos productivos / comunitarios y al mismo tiempo proyectar formas diferentes de organización del proceso de producción y distribución de beneficios. Sólo uno de los entrevistados, aquel que cuenta con la más sólida experiencia laboral, e incluso un breve pasaje por la estructura sindical, esboza una propuesta alternativa mencionando la posible construcción de redes vinculantes entre los grupos productivos.

La comparación entre experiencias laborales previas y la tarea actual funciona de manera tal que agrega nuevos elementos a la hora de resignificar la figura del trabajador. La disciplina, la jerarquía, pero también la remuneración son aspectos cualitativamente importantes en los relatos, sus complejas vinculaciones son parte de la tensión que recorre su presente.

“No es un trabajo el MTD porque tener a las personas cumpliendo un horario por 150 pesos... Con 150 no hacen nada; no es un trabajo. Es algo que momentáneamente te sirve para comer un par de días y después te las tenés que seguir rebuscando. Los proyectos productivos enseñan a que la gente coma de lo que produce; no de los 150. Hoy en día no puede funcionar nada porque la gente se está cagando de hambre. Hasta los que tienen un buen trabajo; los sueldos son los mismos y los precios están dos veces más caros Así que los proyectos productivos están pero porque los compañeros le ponen mucho huevo, mucho pecho, mucha sangre. Si no, no existirían. Porque las ganancias que dejan son mínimas por

el asunto de que la gente antes se podía dar el lujo de decir “bueno, esta gente que lo hace por amor, vamos a comprarle esto, vamos a comprarle aquello”. Ahora, buscan el precio más barato.” (Ev.N°10, varón, 21 años).

La imagen de un trabajo remunerado sigue estableciendo la diferenciación entre las posibilidades de un “trabajo genuino” y el “cobro de subsidios”. La dinámica de los planes agrega nuevas aristas en la relación con su imagen del trabajador y también con homónimos beneficiarios vinculados a la dinámica partidaria-clientelista. Las diferencias con respecto a la contraprestación laboral entre ambos se establecen a partir de las actividades productivas/comunitarias realizadas en el movimiento. La articulación entre los esfuerzos por la creación de un camino autónomo en su forma y el fomento de proyectos productivos en este marco, funcionan como puntos definitorios que expresan contraposiciones.

“Y ¿Cuál te parece que es la diferencia con ustedes?

La diferencia es que nosotros somos autónomos. Ellos no son autónomos porque tienen a alguien que los dirige: andá a limpiar el poli y dejalo limpio. Nosotros no; nosotros decidimos nosotros por asamblea; lo que decide la mayoría está bien. Espero que sigamos así, no dependiendo de alguien en general que te dice ‘vos tenés que ir a hacer esto, esto y esto’ ”.
(Ev.N°4, varón, 19 años).

Ahora bien, las experiencias de grupos laborales tienen alcances dispares, algunas de ellas se han sostenido en el tiempo generando núcleos de relativa solidez capaces de afirmar la posibilidad de viabilizar el trabajo grupal en esos términos. Los ensayos, mixtura de aciertos y desaciertos, se renuevan constantemente en concordancia con la lógica de búsqueda en un contexto por sí mismo desalentador. Mas allá de eso la instalación de estas prácticas estimula y refuerza la dinámica del colectivo.

En este sentido, la cuestión acerca de la significación del “trabajo genuino” es una dimensión de debate abierto dentro del movimiento. La fórmula autogestiva es considerada uno de los ejes rectores en dirección al cambio social, esto refiere a la intervención de un tipo de trabajador acorde al funcionamiento de una “economía solidaria”. Sin duda, este tema constituye uno de los aspectos fundamentales en el desarrollo de los movimientos centrados en propuestas autogestivas, al tiempo que, uno de los interrogantes que plantea está vinculado con la viabilidad de propuestas alternativas y excede los análisis cortoplacistas.

Todos los elementos mencionados en el presente apartado, conforman el núcleo que atraviesa las representaciones con relación al mundo del trabajo y, en este sentido, sus prácticas cotidianas actuales constituyen un estímulo incipiente para la reconfiguración de la figura del trabajador. Como hemos visto, la vivencia concreta de un mundo de trabajo estructurado bajo la égida disciplinaria y jerárquica no resulta totalmente desconocida para los entrevistados, y es en función de este trazado diferencial donde la experiencia de participación adquiere valor. La oposición a una organización jerárquica es un eje que cimienta huellas en todas las instancias participativas, y también en la conformación de grupos de trabajo, allí su aporte al movimiento se advierte como parte de su mundo de vida. En este sentido, la vinculación entre participación y trabajo se establece y traduce en términos de diferencias.

Mientras que, en sus representaciones aparecen testimonios de un pasado que no les es totalmente propio pero al cual apelan y reconstruyen como trasfondo desde donde mirarse, es a partir de la rememoración de ese andamiaje desde donde perfilan nuevas configuraciones que retoman también dimensiones de las prácticas que constituyen su

presente. Esta actividad pone en juego el conjunto de dimensiones que los atraviesan. Implícitamente en sus contenidos se trasluce, por un lado la evocación de su frustración como trabajador, por otro su reinención inacabada como sujetos -productores- autónomos en la incipiente organización.

Es claro, que las actividades que realizan en el interior del movimiento están fundamentalmente asociadas a la participación en el marco de una acción colectiva, en función de un proyecto a largo plazo que remite a un cambio social. En este sentido, las distintas instancias de participación, desde integrarse en tareas productivas/comunitarias, hasta exponer su cuerpo en un corte, se conciben guiadas por este horizonte. Ellos, práctica y simbólicamente, reafirman un esfuerzo por legitimar y legitimarse. Tras la legitimidad se juega su propia imagen construida en ida y vuelta entre la reivindicación y la búsqueda.

La política entre asamblea y democracia

En Argentina de los noventa la intensiva oleada de protestas estuvo acompañada por la proliferación del método asambleario como espacio de discusión e intervención directa¹⁴. Como en muchos otros movimientos, la adopción de dicha fórmula constituye uno de los pilares centrales en la conformación del MTD de Lanús.

La práctica asamblearia es un ejercicio usual que atraviesa todos los ámbitos generados por el colectivo. Son reuniones entre miembros cuya dinámica se establece en función de interacciones horizontales, donde el voto es rito fundante. Como espacios productores de decisiones vinculantes dan cuenta de un hacer poco usual, por lo menos en el ámbito de la escena política nacional, gobernada por los parámetros de la democracia liberal.

La naturaleza de tal elección plantea nuevas dimensiones a la hora de reflexionar sobre la forma democrática de gobierno, que desde el 83' ha desplazado los regímenes autoritarios y se ha instalado logrando cierto éxito: estabilidad y continuidad temporal de sus preceptos básicos -elecciones, sufragio universal, reconocimiento de partidos políticos-. La avanzada de la conflictividad social ha puesto en jaque la continuidad de gobiernos electos democráticamente y ha resaltado el deterioro progresivo de los mecanismos políticos institucionales como partidos-sindicatos.

La asamblea propone un ejercicio diferente a la vía electoral, lo propio de su estilo es la participación directa de los miembros para la toma de decisiones que implican debates y exposiciones previas. Cumple una doble funcionalidad, pues es por un lado órgano de expresión soberana, y por otro, momento de reconocimiento entre pares, por tanto de identificación. He aquí un acontecimiento, práctica, que sugiere repensar el hacer político y la participación redefiniendo sus dimensiones. Más aún teniendo en cuenta que el funcionamiento de las maquinarias partidarias, especialmente en el territorio del Conurbano Bonaerense, se afianza fuertemente en "redes clientelares".

Ahora bien, ¿Cómo se encarna en el espacio barrial, y en el territorio de nuestro análisis el ejercicio partidario, y cómo este convive con la incipiente propuesta del estilo asambleario?. Pero más precisamente, ¿Cómo juegan las imágenes construidas sobre el ejercicio de esta práctica clientelar en nuestros entrevistados? En torno a estos interrogantes se estructuran los próximos apartados¹⁵.

Apuntes sobre el descontento

El descrédito hacia el funcionamiento actual de las instituciones formales de la democracia con sus representantes en conjunto y los partidos políticos tradicionales, más la indiferencia con respecto a las nuevas figuras políticas, aparecen como opiniones compartidas entre los entrevistados. Sin embargo, la relación con estas instituciones y con aquellos quienes las representan comprende diferentes aristas, donde las deudas que mantiene el Estado para con la sociedad se expresan como elemento indiscutible a la hora de legitimar la protesta colectiva. La clase política encarna, bajo el texto de promesas incumplidas, la imagen de la injusticia. Al mismo tiempo el rol de los políticos permanece asociado a la obtención de beneficios personales, la apropiación de recursos estatales y por tanto a la reproducción de asimetrías sociales.

“Contra el gobierno que siempre se pone como en contra de la gente. Que quieren agarrar todo ellos; como que quieren ser ellos los patrones que dicen ‘esto lo tienen que hacer’. Ellos siempre son los cabecillas de todo, pero uno tiene que hacer lo que a ellos les parece.” (Ev.N°12, mujer, 27 años).

El espectro partidario aparece como una opción poco viable a la hora de encauzar la dinámica que adquiere el conflicto social. Desde la visión de nuestros entrevistados, que no cuentan con trayectorias en el ámbito partidario, las expectativas de cambio discurren por canales significativamente diferentes. La organización y la estructura partidaria evocan un esquema piramidal que reposa en valores verticalistas, contrapuestos a la lógica de acción que guía una participación directa y plena, es decir, no mediatizada por la figura del “dirigente”.

“¿Qué opinas de los partidos políticos?”

Y, me parece que ya fueron. No tienen nada para dar. Pero también hay que ver qué partido político. Los partidos políticos de izquierda, estuvieron en su momento de pie y con fortaleza. Me parece que el conjunto de la fuerza está en cuestiones políticas alternativas de participación plena del pueblo, no de los que te dirigen. □...□ No sé. Después, los partidos tradicionales: una bosta; una manga de represores increíbles.” (Ev.N°8, mujer, 23 años).

La constitución de una forma de acción colectiva con las características del MTD es un fenómeno complejo, no simple oposición a un estilo de ejercicio político partidario. Pues no hay elementos para inferir una suerte de respuesta que configure un comportamiento específico ante la percepción de una situación determinada. Seguramente una multiplicidad de elementos convergen desde el inicio de la construcción del movimiento como canal de expresión y acción, causas asociadas a un tiempo-espacio particular. Pero no es nuestra intención desentrañar la naturaleza de las mismas sino comprender como las imágenes construidas en torno a la práctica política, nos permiten recorrer los intersticios desde donde surgen nuevas formas.

“¿Pero sentís que hacen participación política?”

¿En el MTD? Sí. Inconscientemente quizás, pero sí.

¿Por qué?”

Y, porque todo lo que sea entablado desde el punto de vista del MTD en movilizaciones y todo, es como una movida política. Aunque digamos sí o no, es política lo que hacemos. Quizás, lo vemos de otra forma; no sé cómo se verá del lado de afuera, pero al decir que no estamos haciendo política al salir a cortar una ruta, me parece que nos estamos mintiendo a nosotros mismos, al no reconocer que todo lo que hagamos es política. Pero ¿por qué?”

Porque influye en todo lo que tenga que ver en el contacto con la gente afuera. Porque nosotros siempre denunciarnos algo que están haciendo los demás y lo estamos haciendo porque es política; estamos denunciando algo que nosotros vemos que está mal.” (Ev.N°11, varón, 26 años).

Los rasgos propios que caracterizan el ejercicio político partidario son reconocidos en función de los hábitos que encarnan en el espectáculo barrial. Así, la ocupación de los espacios, la constante puesta en práctica de asistencialismos desvirtuados, la inequidad en la distribución de las concesiones políticas, el ejercicio de la violencia y las maniobras informales de réditos políticos en función de contactos con figuras municipales forma parte del mismo entramado de corrupción que concreta la política. Ejercicio definido por la ganancia y el lucro, producto de una actividad portadora en sí misma de una condición desigual. Las imágenes construidas en torno al espectro partidario-político, son en parte correlato de la dinámica del ejercicio partidario encarnado en “el puntero”, clave en el manejo de la red clientelar.

Esta red refiere a un intercambio fluido de favores y beneficios, un vínculo asimétrico de intercambios, un toma y daca que delimita y define transacciones, interacciones que cobran sentido en la lógica de la acción cotidiana en el barrio. La imagen de la práctica clientelar asociada al ejercicio partidario se establece a partir de la reconstrucción de un conocimiento social espontáneo, entretejida históricamente en los límites del espacio barrial, reforzada y diseñada una y otra vez en función de anécdotas y discursos que emanan de la red de historias vecinales y parentales próximas.

Desde sus relatos, la necesidad material y la ignorancia, mediatizan y fundamentan la lógica de adhesión en la relación clientelar por parte del vecindario. Junto con la referencia lineal de las consecuencias que acarrea como obstáculo a las posibilidades de un quehacer colectivo, la mirada ahonda en el carácter mismo de la acción asociándola con cierta pasividad / comodidad.

Los comedores y los locales políticos son los espacios donde se materializa la práctica partidaria barrial así como la figura del puntero simboliza este mecanismo. Los límites impuestos por la acción en tanto “trabajador” para el aparato partidario o integrantes del MTD cobran contenido preciso en la imagen construida por nuestros entrevistados. En el caso de la inclusión partidaria el cobro de planes está sujeto a una contraprestación dirigida y establecida por los punteros políticos e incluye la utilización en su propio beneficio de algunas prestaciones. En cambio dentro del MTD esta dimensión no es asimilada con la explotación.

“¿Y contra que luchan ustedes?

Contra todo eso para que la gente se de cuenta, yo pienso □...□ hay mucha gente ignorante, que el sistema es ese, es que vos no puedas pensar y que no puedas desarrollarte. Te parece que a vos te den planes trabajar y que vos pienses que hago con estos planes y agarres a 20 o 10 y las llesves a tu casa que te la limpien etc. y los tenés como esclavos y nadie de los que va se queja, nadie hace esto, si no que se los hace sin quejarse y así estamos por eso; porque desgraciadamente hay mucha gente que le gusta que lo manden, que nació con eso que no pueden hacer nada por uno mismo, porque ellos quieren hacerlo, no por que venga uno y les diga que tienen que hacerlo y el se sienta a mirarlos como lo hacen, eso es ser esclavo, que es eso lo que me preocupa, que la gente sea ignorante y desgraciadamente esta acostumbrada a que la manden. Lo importante de estos movimientos es que vos acá podes hacer y crear lo que vos pienses y lo que vos quieras hacer y que nadie te va a mandar, y por eso tenés que tomar conciencia que si vos no haces nada por vos mismo nadie va a hacer nada por vos □...□ ” (Ev.N°6, varón, 29 años).

La utilización de planes y subsidios a manera de dádiva para realizar favores políticos constituye una pieza clave en la materialización y mantenimiento de esta arquitectura de poder local. Los modos de distribución a través de las maquinarias políticas son uno de los aspectos señalados por nuestros entrevistados, pero una dimensión de mayor peso a la hora de otorgar ilegitimidad, es la recurrente observación sobre como los recursos se convierten en fuente de enriquecimiento individual para los personajes “políticos”.

Los jóvenes expresan el deterioro simbólico de las redes clientelares, en este plano se registra una clara impugnación hacia dichas prácticas. Esta confrontación no siempre se materializa a través de la violencia directa, cobra distintas formas que incluyen mecanismos diversos para captar beneficiarios de planes sociales, así el ámbito barrial deviene en espacio de disputa y pertenencia.

El flujo entre vecinos y familiares asociados a planes sociales desde la estructura partidaria o desde el MTD es constante. Mas allá de las complejas relaciones establecidas, desde el registro de nuestros entrevistados la rivalidad que subyace a la conformación del MTD en una zona eminentemente dominada por la presencia del Partido Justicialista perdura. Es más, la punta de lanza desde donde articular la propia legitimidad, se apoya en el funcionamiento desvirtuado de la maquinaria clientelar al tiempo que la excede.

“... Yo, por ejemplo con mi papá: me dice el cabezón, el cabezón.. Ya me tiene hasta el suelo con el cabezón. A veces me lo dice jodiendo; a veces me lo dice en serio. Él dice que puso los planes. Sí, pero yo me lo gané en la lucha. El recién ahora ve la diferencia entre lo que es el cabezón y lo que hace falta en la casa. O sea: ve la diferencia entre el MTD que dice “si no fuera por el MTD, yo no comería”, “si no fuera por el MTD, capaz que no llega nada a casa”, o no llegan los 150. Él ve la diferencia. Es más: lo estoy queriendo convencer para que venga. Para que vea. Porque el dice ‘yo, cuando sea piquetero, voy a poner orden’ ”. (Ev.N°2, mujer, 29 años).

Sin embargo su reconocimiento como sujetos políticos tiene alcance dispares, en este terreno las trayectorias familiares de participación en organizaciones sociales y políticas, aún cuando estas no refieran exclusivamente al ámbito político partidario, adquieren peso. Es justamente en aquellos entrevistados donde existe una referencia positiva a la intervención de sus padres, en quienes observamos la particularidad de definir claramente su propia participación como un acto enmarcado en el escenario político nacional.

Los señalamientos con respecto al clientelismo como práctica y experiencia política funcionan como telón de fondo desde donde mirarse, a partir de aquí la participación puede pensarse desligada de las estructuras burocrático-administrativas de los partidos políticos tradicionales. La experiencia de los jóvenes convoca al rescate de la política como espacio para viabilizar demandas capaces de traducirse en expresiones inéditas. Justamente las incipientes prácticas políticas y el estilo que adquieren son parte de la manifestación del carácter que asumen las relaciones entabladas con la sociedad global. Se instaura allí, un quiebre, una ruptura, un punto cero origen de oposición particular que encauza la integración en el movimiento, esta rebasa los canales previstos por el modo tradicional de ejercicio político.

La atracción, entonces, radica en la compatibilidad existente entre la condición juvenil y el despliegue de este tipo de acción colectiva. Los profundos cambios producidos en los ámbitos de socialización, como la transformación en las familias, el degradamiento del

mercado laboral, la mutación del rol estatal, etc., son la materia prima desde donde se construyen y moldean nuevas formas expresivas. Las manifestaciones que estas adquieren atraviesan todos los ámbitos sociales donde se inscribe la pertenencia de los jóvenes. En este sentido, este estilo de participación remite a las características que asume su comportamiento con el entorno más amplio.

“La bandera ya la ponemos en la cancha. Yo, mi bandera la llevo siempre yo; no la quiero dejar ahí. Pero, digamos; nosotros nos llevamos así. No es que tengo algo leve; tengo algo dentro mío, de compañerismo; tenemos que ser todos iguales. Por eso, yo paro con los pibes. No hay ninguno que diga “bueno, loco: hoy la barra va a hacer esto...” No: nadie va a hacer nada si no quiere. Hoy hacemos lo que queremos todos; para eso estoy.... Yo nunca dejé que ni en la cancha, donde paro yo, ni en la Brown, que nadie se haga el líder. No me cabe la del líder, porque si no, me voy al PJ, la UCR o el Frepaso.” (Ev.N° 10, varón, 21 años).

El peso del debate frente a las prácticas políticas tradicionales

Las representaciones sobre el espacio de la política tienen su correlato en el campo de las conductas, la imagen de una práctica política barrial tradicionalmente asociada a mecanismos clientelares vertebró la posición de los jóvenes integrantes del movimiento, y traza diferencias con respecto a sus propias prácticas participativas, confiriéndole valoración positiva al espacio colectivo. El recurso electoral constituye un momento de participación acotado, propicio para reproducir la estructura política partidaria que justamente no logra constituirse en canal vehiculizador de los reclamos y demandas del movimiento.

La asamblea como referente máximo de horizontalidad se practica siendo el sello distintivo de una forma de participar con voto propio. Podemos considerar que la construcción colectiva a través del acto asambleario supone una configuración espacio-temporal. El encuentro con esta experiencia corona semanalmente cada barrio y grupo de trabajo, siendo la usina donde se van construyendo las definiciones que conforman y confirman la orientación del movimiento mismo.

El rechazo a la política en su versión tradicional se reinvierte en exacerbación de mecanismos donde la toma de decisiones y el protagonismo de los integrantes cobra peso fundante. Esta postura no-delegativa y no-representativa permea y subraya la lógica de los distintos espacios del colectivo y emerge alcanzando su plenitud expresiva en las asambleas. Estas son, espacios de producción y circulación de saberes, decires, de acciones de apropiación e instancias de cohesión, de disputas y debate, de refuerzo de vínculos territoriales y de instalación de prácticas. Brindan la posibilidad de encuentro y reconocimiento intergrupal, pero también dejan las huellas propias de un acto de decisión que resuelve acotando el espacio de la incertidumbre. La exposición cara a cara y el balance de las actividades cobra un carácter prospectivo, resuelve y concreta, así, la efectividad de la acción se consuma en acto. Quizá el carril más interesante para repensarla es el impacto que genera en los propios sujetos, su re-conocimiento como actores sociales.

“Por ejemplo, la C... tiene un dirigente. Ahí se dice lo que dice el dirigente; se hace lo que decide el dirigente. En cambio, en un movimiento autónomo, todos participamos y decidimos qué hacer, cuándo hacerlo o cómo hacerlo. En un movimiento donde no hay autonomía o no tiene voz u opinión, no puede decir o expresar la persona en una asamblea sin que el dirigente lo diga. ‘Hagamos esto; a tal hora allá y vamos a votar esto’. En cambio, acá no. Nosotros sabemos por qué vamos; si queremos gritar, gritamos. Somos diferentes.” (Ev. N°2, mujer, 29 años).

Hemos aclarado que lejos de pretender la toma del poder, los objetivos del grupo se van enmarcando en función del día a día, en las asambleas la ronda de debates puede contener ítems tan diversos como la resolución de una medida de lucha y el cambio de puesto de algún miembro. Al mismo tiempo, resulta difícil tratar de combinar una suerte de ajenidad con la agenda política nacional y mantenerse alerta de los amplios sucesos objeto de sus denuncias y reivindicaciones.

Los escollos del contacto diario son a veces una traba difícil, pero aún con sus dificultades los encuentros son capaces de generar lazos de cierta solidez que posibilitan intercambios constantes. Propiciadas por la misma cercanía territorial, las asambleas adquieren un estilo capaz de viabilizar debates, discusiones y exposiciones donde las formalidades básicas, como levantar la mano para tomar la palabra, escuchar al otro, y votar, delimitan el tiempo-espacio. Los acuerdos y disensos abren paso a la conformación del grupo, aquí el ejercicio de la palabra cobra una dimensión expresiva con connotaciones diferentes al tiempo cotidiano, es un momento de singularidades encontradas movilizadas a través de la generación del rito colectivo. La singular decisión de empuñar la palabra para convertirla en acto, también contrarresta la invisibilidad del “cuarto oscuro”, así los posibles indicios de una nueva cultura política se entretajan en esta lógica. Es un acontecimiento que constituye al sujeto mediante la toma de la palabra. Pone en juego la posibilidad de utilizar un recurso propio, estableciendo una dinámica de reconocimiento.

“¿Qué te pareció la primera asamblea?”

No sé. ¿Qué me pareció? Algo loco, no sé. Me pareció un grupo de personas de base, de barrio... gente que se caga de hambre todos los días, opinando sobre el gobierno, loco. Lo único que habían visto eran un par de políticos en la tele; loco: la gente diciendo que nos estamos cagando de hambre. Gente que era igual que yo, hablaba igual que yo, diciendo lo que dicen de los políticos en otras palabras: que por culpa de ellos nos estamos cagando de hambre; así corta.... Hablé así...”(Ev.N°10, varón, 21 años).

En el relato de nuestros entrevistados, se alude a este mecanismo como una experiencia que demanda ejercicio, el grado de intervención de los integrantes aparece relacionado con el mismo. En este sentido, se hace referencia a un pasaje que se corresponde con cierta construcción-formación del participante como tal, y de esta manera se trazan diferencias a la hora de puntualizar los tiempos de adaptación a la fórmula.

“¿Cómo notás que participa la gente?”

¿Las nuevas o las viejas?

Todos en general.

Y, a veces escuchan; a veces opinan. O sale algún tema que están todos interesados y se debate. Bueno, la gente nueva siempre suele escuchar. La primera vez, la segunda vez escucha, hasta que ya empieza a conocer qué es lo que se va a hablar o lo que puede decir. Yo tengo mi hermano que estuvo como tres meses participando y bueno, llegó el tiempo de entrar en un plan y ya está contento. A pesar que ya opinó en una asamblea, estuvo en un corte; ya sabe más o menos. Algunos escuchan, otros se callan; otros observan; otros opinan o se genera la discusión. Al fin se decide en la asamblea llegar a una conclusión o qué hacer. En la asamblea se decide todo.” (Ev.N°2, mujer, 29 años).

El vínculo entre representante-representado, corolario de la fórmula democrática, se subvierte ante la lógica que supone el ejercicio de la participación directa, suspendiendo la delegación del poder sobre la toma de decisiones que ya no recaen en la figura del representante. Desde allí la visión sobre la vigencia de la democracia en la actualidad nacional cobra nuevos cauces. La intervención protagónica en la toma de decisiones, aún

reducidas al ámbito cotidiano, constituye una experiencia que puede habilitar la proyección de mecanismos decisionales alternativos con injerencia a escalas más amplias.

“¿Qué es para vos la democracia?

Como lo dice el libro: es el gobierno del pueblo. Ahora: la democracia se origina en Grecia ¿no? Y en las acrópolis; en las ciudades – estado. Esto no es democracia. Esto que inventó EEUU como democracia, no es democracia. Elegir un presidente cada 4 años o cada 2 años, no es democracia. Porque tenemos a un tipo que hace todo por nosotros. Eso no es democracia. Democracia es que yo decida; democracia es que el pueblo decida.” (Ev. N°5, varón, 29 años).

Las imágenes construidas en torno a esta temática nos remiten tanto a la ausencia de la democracia y su principio rector: la igualdad, como a la evocación de la necesidad de su reconstrucción. Esta los supone protagonistas en el escenario del conflicto social. A partir de la denuncia de una democracia negada surge la estimación de la participación directa pensada como alternativa y sustitutiva.

La participación en las instancias del movimiento, que implican una sucesión de intercambios cotidianos con el vecindario, se plasma en referentes para la proyección de biografías personales en tanto activos sujetos de un cambio social de envergadura. Se define así el legado póstumo de su intervención en este contexto histórico específico: la continuidad de una lucha compartida con generaciones anteriores y las expectativas de una sociedad diferente que aún no logra definirse, ni se aproxima con ruta precisa. Y es aquí donde las observaciones y diferencias en cuanto a los métodos de antaño permanecen en un segundo plano y los elementos que aúnan la perspectiva de un cambio social establecen un vínculo con otras acciones colectivas orientadas en sentido similar.

La presencia de los jóvenes en este espacio en construcción supone nuevas fronteras entre rechazos y alternativas, dando cuenta de una incipiente cultura política. Un rasgo básico de la misma es la creación de espacios de acción que pretenden influir en la toma de decisiones a nivel estatal, pero que se establecen más allá de la dimensión electoral oficial. El sentido que los jóvenes le otorgan a la política está vinculado con múltiples maneras de expresión, el espacio asambleario es una de ellas. La asamblea es un momento de exposición del cuerpo, como lo es el piquete, y permite una vez más albergar la diversidad de lo plural frente a una situación compartida.

Es al mismo tiempo destacable como opera en el itinerario biográfico la posibilidad de establecerse como poseedor de un espacio-tiempo demandante de una lógica de acción indiscutiblemente deferente a aquélla que guió los imaginarios precedentes. El proceso cotidiano de la conformación de un espacio común enraiza en la posibilidad de itinerarios alternativos. Son tiempos de construcción de identidades que navegan entre la vorágine de la lucha y el reconocimiento intersubjetivo al interior del colectivo.

Reflexiones finales

En el contexto socio-histórico nacional cobra forma la pregunta por las huellas producidas en el pasaje entre la situación de desocupación/marginación y acciones colectivas nacientes vinculadas a las posibilidades de cambio social. No ha sido la intención de nuestra investigación hipotetizar acerca de los efectos y posibilidades de la acción colectiva, sino permitir una mirada reflexiva sobre los “decires” de los jóvenes, de una generación, una

época, y una experiencia participativa peculiar; por eso no contribuye a generar certezas allí donde lo primordial es la amplitud del debate.

El proceso por el cual los jóvenes van construyendo espacios sociales de acción en el movimiento se viabiliza al calor de redes parentales y vecinales, inscriptas en el territorio barrial y la cercanía espacial es un elemento que posibilita el fuerte enraizamiento en dimensión cotidiana. De modo tal, la residencia se constituye en referencia de asiento vital para la constitución misma de la acción colectiva. Mientras que, la participación actual deviene en la instalación de prácticas de carácter colectivo, que resultan innovadoras en tanto no hay, en ellos, una sólida tradición de acciones de este tipo.

El ingreso al movimiento se vincula estrechamente con la búsqueda que estos jóvenes entablan en pos de superar dificultades materiales y sociales, problemáticas que si bien no son recientes se agudizan notoriamente durante la década del noventa, pues, las transformaciones en el mundo laboral impactan severamente en ellos y su entorno próximo. Al tiempo que, las particularidades constitutivas del movimiento agregan una cuota cautivante para su adscripción. La intervención directa no mediatizada por estructuras burocráticas, la conformación de organizaciones descentralizadas y anti-jerárquicas, son características señaladas tanto por autores que analizaron los nuevos movimientos sociales como por aquellos que indagaron las formas que adquiere la *participación juvenil* en la actualidad. El *joven movimiento y los jóvenes en movimiento* se integran complementándose en la dinámica inaugurada con la acción colectiva.

El vínculo entre el movimiento y los jóvenes se retroalimenta en función de los espacios que ocupan en la incipiente organización. La vitalidad que imprimen con su presencia lleva la impronta de un estilo de vida que les es propio en tanto jóvenes de esta generación¹⁶.

Los Movimientos de Trabajadores Desocupados forman parte del espacio “piquetero”, este es expresión del ascenso de la protesta social y nacientes formas de organización colectiva, que dan cuenta de la intensificación de la movilización social en Argentina a partir de fines del siglo XX. Su identidad se ancla en una narrativa gestada al calor de la misma experiencia¹⁷. La “identidad piquetera” se traza en función del relato de lucha, donde la referencia a lo local otorga un sello que atraviesa y funda las formaciones colectivas. En el amplio concierto de organizaciones “piqueteras”, tanto la perspectiva autonomista como la inscripción territorial constituyen elementos centrales en la conformación del MTD de Lanús. Ahora bien, la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes participantes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida, reviste características particulares moldeadas en función de los intercambios con su contexto histórico, proceso que involucra la producción de representaciones sociales. Consideramos que, las actividades en las distintas instancias del movimiento suponen una fuente de insumo en la construcción de identidades individuales y colectivas. De este modo, el MTD de Lanús es un espacio canal de pertenencia en el cual es posible generar un sentido de acción sobre un mundo incierto. He aquí una apropiación de su presencia como integrantes de una incipiente forma de organización colectiva. Bajo estas coordenadas, es cautivante reflexionar sobre formas emergentes de participación, que pueden leerse bajo clave de ruptura y continuidad con etapas anteriores.

Dentro del universo de producciones simbólicas, ahondamos en las imágenes construidas en torno al trabajo y a la política, teniendo en cuenta que ambas dimensiones advierten sobre

algunas de las características que asume la participación de los jóvenes en este movimiento social y dan cuenta de agudas problemáticas que atraviesan las sociedades contemporáneas.

El trabajo permanece fuertemente asociado al valor de la dignidad como esfuerzo por solventar la supervivencia, sobrepasando el peso de la tarea o actividad específica que se desempeñe. El trabajo como derecho a la dignidad habilita la demanda y orienta la lucha. Se traza así una conexión con los idearios del pasado, recreando en dimensión social la figura del trabajador como espacio desde donde los sectores populares construyen su lugar en la sociedad y su papel en el conflicto social. Desde la ausencia, el reconocimiento del trabajo como vínculo social fuente material vital, auspicia su asociación con nuevas experiencias de búsqueda, donde la tensión entre el empeño personal y colectivo no deja de estar presente. La imagen del “trabajo” y por ende, “la figura del trabajador” gira en torno a tres aspectos recurrentes en sus relatos: la remuneración, la disciplina y la dignidad.

El incipiente desarrollo de actividades de carácter colectivo anti-jerárquicas, conduce la valuación positiva y estimula la apropiación de espacios al interior del movimiento, estableciendo un puente que anima la adscripción. La participación de los jóvenes en los grupos productivos/comunitarios adquiere rasgos particulares, la rotación en las tareas, el recurrente pasaje por distintos grupos, la combinación de quehaceres, expresan una tendencia a la flexibilidad y a la adaptación constante. Pautas que guardan cierta similitud con pasajes previos de carácter inestable y precario por el mercado laboral.

Mientras que el estigma del “desocupado” se resignifica positivamente a través de su intervención en acto, restaurando en parte la dignidad bajo su esfuerzo en la lucha, la remuneración traza diferencias a la hora de asimilarse plenamente con la figura del trabajador. Esa dimensión, fuente de su propia reproducción, continúa permeando el horizonte de sus expectativas. Desde allí también se montan las distinciones entre un trabajo genuino y el cobro de subsidios, definiciones que atraviesan constituyendo el soporte de la protesta.

Las cosmovisiones con respecto al tópico del “trabajo” conectan y reconstruyen elementos de un pasado que casi no experimentaron, pero que utilizan para crear su propio relato, combinado con la referencia a sus prácticas cotidianas actuales. El vínculo entre su participación en el marco del movimiento y el concepto de trabajo expresa esa tensión que recorre su presente.

En los contenidos que guían la reconstrucción de su papel social en tanto trabajadores/desocupados se trasluce por un lado, la evocación de su frustración como trabajadores, por otro su reinvenición inacabada como sujetos -productores- autónomos en el marco de un colectivo. En este sentido, para la fórmula autogestiva, considerada uno de los ejes rectores en dirección al cambio social, este tema constituye un aspecto fundamental. El interrogante que plantea está vinculado con la viabilidad de propuestas alternativas y excede los análisis cortoplacistas. Tanto la participación como el trabajo siguen referidos a imágenes disímiles entre sí, que si bien encuentran vinculaciones, discurren por carriles aún inconexos. Las imágenes referidas a la política se nutren de prácticas que dominan el escenario barrial. La existencia de “redes clientelares”, hondamente entrelazada con la historia de la zona y asociada a la presencia del Partido Justicialista, traza en los discursos, fuertes diferencias entre una actitud orientada en función de lucha hacia el cambio social versus una forma

pasiva de adaptación al funcionamiento de la cultura partidaria. Constituirse a través de la diferencia, intervenir en acto mediante la exposición del propio cuerpo como recurso en la lucha, es cualitativamente diferente a la forma tradicional de involucramiento en la maquinaria clientelar. La alusión a este rasgo funciona como soporte principal de gran carga valorativa, pues certifica y traduce el papel desempeñado en el conflicto social.

En la deslegitimación tanto del estado como del sistema político partidario aparecen las construcciones más frecuentes sobre la identidad del adversario, no obstante es la “clase política” en su conjunto, inmersa en el entramado de corrupción y abuso del poder, quien representa el más claro oponente. El discurso de los derechos ausentes se relaciona con la falta de justicia, y la injusticia se perpetua en manos de la clase política.

Construir una alternativa de intervención, habilita un espacio de encuentros desde donde resignificar el papel de la política bajo forma y códigos de experiencia próxima. El rechazo a la política en su versión tradicional se reinvierte en la exacerbación de mecanismos de toma de decisiones donde el protagonismo de los integrantes cobra peso fundante. Esta postura no delegativa y no representativa atraviesa y conforma los ámbitos del colectivo, el ejercicio asambleario es quizás la expresión más acabada de la misma.

La intervención protagónica de los jóvenes en la toma de decisiones mediante las asambleas permite su propio reconocimiento como actores políticos y sociales en el marco de la acción. Pertenecer al MTD es una forma de estar presentes en el presente, que mediatiza sus vinculaciones con la sociedad global. Su imagen en relación con la posición que ocupan en el conjunto social discurre bajo los parámetros no de la exclusión sino de la lucha. Al tiempo que, la lucha es una experiencia cotidiana, parte de su forma de vida.

Como hemos visto las representaciones acerca de los tópicos del trabajo y la política en estos jóvenes se ponen en juego en la participación en el movimiento, redefiniéndose en un proceso de diálogo constante con el contexto. Su inclusión y participación actual agrega nuevos elementos a la hora de reconfigurar imágenes en torno a ambos. La intervención en el conflicto social interpela en la posibilidad de accionar frente a un orden social concebido como injusto.

En síntesis, desligados del registro sindical y partidario, acentuando la aspiración de un cambio social no violento pensado como construcción, reclaman y exigen reivindicaciones, entretejen las piezas claves de demanda, construyen una forma de moverse en el espacio social. Elaboran un discurso, collage que traduce parte de su trayectoria y recrean en clave propia la historia de otros tiempos, son un grito en la frontera que interpela una sociedad donde parecen haber dejado de ser mercancía consumible.

Bibliografía

- Auyero, Javier 1993 *Otra vez en la vía, Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares* (Buenos Aires: Cuadernos del GECUSO Espacio Editorial).
- Aspiazu, Daniel; Basualdo, Eduardo; Khavisse, Mario 1986 *El nuevo poder económico en la Argentina de los años ochenta* (Buenos Aires, Legasa).
- Basualdo, Eduardo 2000 *Concentración y Centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa* (Buenos Aires: FLACSO/ Universidad Nacional de Quilmes).
- Bolívar, Franco 2000 "Centroamérica y Panamá: movimientos sociales juveniles y proyecciones hacia el nuevo siglo. Elementos para el debate (1996) en Balardini, Sergio (compilador) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. (Buenos Aires: Colección grupos de trabajo CLACSO).
- Bergel, Pablo 2002 "Nuevas formas asociativas. Asambleas vecinales y MTDs", Informe (Buenos Aires: CEDES Centro de estudios de Estado y Sociedad).
- Farinetti, Mariana 1998 "Clientelismo y protesta: cuando los clientes se rebelan", en *Apuntes de Investigación del CECYP*. Año 2, N° 2/3 (Buenos Aires).
- Jodelet, Dense 1986 (1984) "La representación social: fenómenos, concepto y teoría" en Moscovici Serge en *Psicología Social*, Vol. II (Barcelona: Paidós).
- Kohan, Aníbal 2002 *¡A las calles! Una historia de los movimientos piqueteros y caceroleros de los 90' al 2002* (Buenos Aires: Colihue).
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo 1996 "La juventud es más que una palabra" en Margulis, Mario (ed.) *La juventud es más que una palabra: ensayos cultura y juventud* (Buenos Aires: Biblos).
- Melucci, Alberto 1999 (2002) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, (México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos).
- Merklen, Denis 2000 "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90" en Svampa, Maristella (editora) *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales* (Buenos Aires: Editorial Biblos/Universidad General Sarmiento).
- Morales Gil de La Torre, Héctor 2001 "Visibilidad de la movilización juvenil. Notas para su análisis" en *JOVENes*, (México), Vol. V, N°14.
- Morano, Camila; Lorenzatti, Andrea; Parra, Mariel 2002 "El Conurbano Bonaerense en la década de los 90" en Andrenacci Luciano (organizador) *Cuestión social y política social en Gran Buenos Aires* (Buenos Aires:UNGS-Ediciones al Margen, Bs. As., 2001).
- Offe, Claus y Schmitter, Philippe 1995 "Las paradojas de la democracia liberal", en *Revista Internacional de Filosofía política*, (Buenos Aires) N° 6.
- Oviedo, Luis 2001 *De las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales. Una historia del Movimiento Piquetero* (Buenos Aires: Ediciones Rumbos).
- Palma, Diego 1998 "La participación y la construcción ciudadana", (Santiago de Chile: Universidad Arcis/Centro de Investigaciones Sociales), D.T N°27. [1 de febrero 2003 □ □ <http://www.clacso.edu.ar/□libros/chile/arcis/palma.rtf> □ □
- Sandoval, Mario 2000 "La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación política de los jóvenes" en Balardini, Sergio (compilador) *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*. (Buenos Aires: Colección grupos de trabajo CLACSO).
- Sidicaro, Ricardo y Tenti Fanfani, Emilio (comps.) 1998 *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*.(Buenos Aires: UNICEF/LOSADA).
- Serna, Lesli 1998 "Globalización y participación juvenil: En búsqueda de elementos para la reflexión" en *JOVENes* (México), Vol.1 , N°5.

- Serna Hernandez, Lesli 2000 □La organizaciones juveniles. De los movimientos a la autogestión”, en *JOVENes* (México), Vol.IV, N°11.
- Svampa, Mariestella y Pereyra Sebastián 2003 *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. (Buenos Aires: Biblos).
- Zibechi, Raúl 1997 *La revuelta juvenil de los 90'*.Las redes sociales en la gestación de una cultura alternativa (Montevideo: Editorial Norman-Comunidad).
- Zibechi, Raúl 2003 *Genealogía de la revuelta. Argentina, la sociedad en movimiento*. (Buenos Aires: Letra Libre).

Notas

1. Con respecto a esta controvertida relación Democracia-Capitalismo, la propuesta de Offe, y Schmitter, (1995), nos parece acertada en tanto señala el carácter estructural de esta problemática, y enfatiza la prioridad que deben afrontar las sociedades Latinoamericanas a fin de resolverlos problemas extrínsecos acuciantes.
2. Como parte de este proceso surgen las principales organizaciones de desocupados existentes hoy en nuestro país. Entre ellas conviven diversas líneas de acción: Corriente Clasista y Combativa (CCC), la Federación Tierra y Vivienda (FTV), los agrupamientos de la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (MTD y CTD), el Movimiento Teresa Rodríguez (MTR), el Polo Obrero (PO), Barrios de Pie, el Movimiento Territorial de Liberación (MTL) y, ciertas líneas del Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIJD).
3. De acuerdo a las apreciaciones de Svampa y Pereyra (2003:22) los primeros antecedentes de este proceso asociados a las consecuencias de los cambios estructurales observables en el plano de la acción colectiva, pueden rastrearse desde principios de los noventa. “En realidad, a comienzos de los '90, los sistemas de acción colectiva atravesaron por un momento de inflexión histórico, visible tanto en el declive de las formas tradicionales de huelgas como en la emergencia de nuevos repertorios de acción, ligados a movimientos de presión local, de carácter disperso, que pronto comenzarían a alterar cada vez más con acciones espontáneas y semiorganizadas de explosión social. Este primer periodo -caracterizado por conflictos de carácter puntual y asincrónicos entre ellos es ilustrado por las acciones que encabezan los empleados públicos en diferentes provincias: Río Negro, Córdoba, Jujuy, entre otros- encuentra su máxima expresión en el *santiagoueño* (1993)[...□ En realidad, no será sino entre 1996-1997, a partir del levantamiento de las ciudades petroleras, cuando los nuevos repertorios de acción van a confluir y alimentar el proceso de gestación de un nuevo actor social.”
4. “El movimiento piquetero, en tanto “movimiento de movimientos” reconoce dos afluentes fundamentales: por un lado, reenvía a las acciones disruptivas, evanescentes y por momentos unificadoras, de los piquetes y puebladas del interior, resultado de una nueva experiencia social comunitaria vinculada al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del estado realizada en los '90; por otro lado, remite a la acción territorial y organizativa gestada en el Conurbano Bonaerense y ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular, producto de un proceso de desindustrialización y empobrecimiento creciente de la sociedad Argentina que arrancó en la década de los 70”. Ob.cit. pág.17.
5. Tanto la sección presente como la próxima reúnen información proveniente de los Censos Nacionales de 1991 y 2001. Con respecto a este último sólo se cuenta actualmente con datos provisorios. También hemos recurrido a Informes de Prensa elaborados por el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) a partir de los resultados de la EPH (Encuesta

Permanente de Hogares) para el Aglomerado Gran Buenos Aires, entre mayo 1988/2003. Nuestro informe incluye también datos de la EPH analizados en el trabajo de Morano; Lorenzatti; Parra, (2001:22-39). E informes estadísticos provistos por la “Secretaria de Salud, Dirección Coordinación Municipal de Defensa Civil, División Estadísticas y Censos de la Municipalidad de Lanús”.

6. El concepto de Línea de pobreza caracteriza a la población en relación a la posibilidad o no de poder mantener un nivel de vida adecuado medido a partir del nivel de ingreso. Ver Feres, Juan Carlos X y Mancero Xavier 2001 □Enfoques para la medición de la pobreza. Breve revisión de la literatura” en Serie de estudios estadísticos y prospectivos (Santiago de Chile: CEPAL/ECLAC).

7. El trabajo de Morano; Lorenzatti; Parra (2001), sobre las transformaciones en el Conurbano Bonaerense durante la década del noventa, ha utilizando como fuente la Encuesta Permanente de Hogares y a partir de la asociación de cuatro variables: -porcentaje de población cubierta por algún sistema de salud, -porcentaje de hogares con jefe con primaria incompleta -porcentaje de hogares con baño de uso exclusivo y -porcentaje de hogares con ingreso por capita en el estrato 1, y utilizando técnicas de análisis multivariado ha delimitado cuatro espacios diferenciados al interior del Conurbano Bonaerense: CB1: San Isidro y Vicente López; CB2: Avellaneda, Matanza 1, Morón, Gral. San Martín y Tres de Febrero; CB3: Almirante Brown, Berazategui, Lanús, Lomas de Zamora y Quilmes; CB4: Florencio Varela, Esteban Echeverría, Merlo, Moreno, Gral. Sarmiento, Matanza 2, San Fernando y Tigre.

8. El MTD de Lanús, actualmente forma parte del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón compuesto por MTDs de Buenos Aires y el interior: MTD Solano, Darío Santillán de Almirante Brown, Florencio Varela, Guernica, Quilmes, Esteban Echeverría, Oscar Barrios de J.C.Paz, Berisso, Lugano, San Telmo, Parque Patricios, 23 de julio Allen Río Negro, Darío Santillán de Cipolletti. A pesar de mantener cada uno su autonomía el nucleamiento permite una instancia de coordinación de líneas de acción. El nombre Aníbal Verón reivindica la figura de un desempleado -ex chofer de colectivos- que moría a causa de la represión policial en Tartagal, el sábado 11 de noviembre del 2000, en un corte de ruta.

9. De acuerdo al enfoque de Oviedo (2001:68): “La tensión entre la tendencia a la integración con el Estado -para *‘garantizar’* los *‘planes’* y la asistencia social- y el rechazo a esta integración recorre como una constante la actividad del MTD”.

10. Partiendo de los interrogantes señalados por Morales Gil laTorre, (2001) acerca de la integración de jóvenes en organizaciones colectivas, para nuestro caso en particular, el conflicto intergeneracional no aparece como dilema fundamental. Dado que el movimiento no esta gobernado por militantes de mucho mayor trayectoria los jóvenes inscriptos no corren el riesgo de mantenerse indefinidamente al amparo de los lineamientos derivados del mandato originario u encuentran obstáculos para apropiarse y resignificar los recursos culturales y políticos contenidos en él.

11. En relación con la sugerencia de Serna, (2000:121) sobre los conflictos que pueden llevar a un grupo a una situación de estado naciente (categorización retomada de Alberoni) podemos acotar que en nuestro caso el movimiento en sí mismo puede ubicarse en esta clasificación, destacando la primacía del referente común, es decir, la figura del desocupado.

12. Por ejemplo, y como lo testimonia el origen del MTD de Lanús, la presencia de actores capaces de transmitir su experiencia organizativa previa, un estado totalmente ausente sin respuestas acordes a la situación de empobrecimiento, el desencanto ante el ejercicio del clientelismo barrial y sus referentes máximos “los punteros”, la inestabilidad y la posterior fragmentación del Partido Justicialista como estructura fuertemente enraizada en el territorio local, un país convulsionado y efervescente; todo ha sumado a generar un clima denso y

particular, de conflictividad social creciente, donde cobran forma múltiples manifestaciones de acción colectiva.

13. No desconocemos el problema señalado por autores como Zibechi, (2003) y Svampa y Pereyra.(2003) En relación con los interrogantes que generan tanto los escasos o nulos hábitos laborales, como las referencias a la figura del “trabajador”, en los integrantes jóvenes de los MTDs de la Zona Sur del Conurbano Bonaerense. “Cercado en su dimensión territorial las vivencias relacionadas con la experiencia de la desocupación es significativamente diferencial, en el Conurbano Bonaerense [...] la historia familiar de muchos jóvenes que participan en las organizaciones piqueteras reenvía a la inestabilidad y la desprotección laboral, y por ende, aparece ligada a un proceso de desestructuración socioeconómica de más largo plazo [en relación a otras experiencias como el UTD de Mosconi]. Así, en estos jóvenes los recuerdos de una supuesta “edad de oro” en la cual se ligaban de manera inextricable vocación peronista, bienestar material y trabajo industrial son menores, cuando no inexistentes. Svampa y Pereyra, (2003:155/156).

En nuestro caso las declaraciones de los entrevistados nos refieren a ambiguos pasajes por el mundo laboral, de carácter fundamentalmente precario, no obstante vemos que las imágenes en torno a la figura del trabajador continúan pesando fuertemente en sus discursos a la hora de definirse y relacionarse con su entorno.

14. Cabe aclarar aquí que de acuerdo a la denominación de Pablo Bergel, estas “nuevas formas asociativas” predominan tanto en los “Casos de Movimientos de Desocupados”, como en los “Casos de Asambleas Vecinales”. En relación a estos últimos destaca: “El Movimiento de asambleas vecinales, emerge explosivamente a partir de la espontánea insurgencia popular de los días 19/20 de Diciembre de 2001, frente al gobierno constitucional de Fernando de la Rúa y la Alianza triunfante en las elecciones de octubre de 99’. La particularidad de este movimiento es que su protagonista es “el vecino”, es decir, el ciudadano situado territorialmente en su barrio de pertenencia, y su motivación central es la ruptura y rechazo con la “clase política” en bloque (no sólo la del partido gobernante) que gerenció la democracia desde 1983. La consigna definitoria de este movimiento es “que se vayan todos: que no quede ni uno solo”. Bergel, (2002.:2).

15. No pretendemos ahondar en el extenso debate sobre como los vínculos clientelistas impiden o no la generación de solidaridades horizontales base para la estructuración de acciones colectivas. Coincidimos con los señalamientos de Marina Farinetti, quien propone una asociación no esencialista entre ambos. En nuestro caso reflexionaremos acerca de como juegan las imágenes construidas en torno al ejercicio del clientelismo en el barrio, en particular para nuestros jóvenes protagonistas.

16. Recientemente, analizando la genealogía de movimientos de protesta en Argentina de los noventa que incluye los MTDs de la Zona Sur, Raul Zibechi realiza un aporte central sobre este vínculo. “Para los jóvenes que actuaban en esos colectivos la lucha por el cambio no deviene de un programa o de una ideología sino que surgía de forma “casi natural” de la vida cotidiana de sus miembros; por eso la forma que adopta la organización esta en consonancia con la vida diaria: será flexible, deberá satisfacer las necesidades de individuos que no separan el tiempo de trabajo del de ocio, será por lo tanto provisional y adaptable al nomadismo de los sectores juveniles que la integran, deberá ser horizontal y respetar los tiempos de cada uno. En suma, los movimientos nos hablan a través de una acción inseparable de la vida cotidiana.” Zibechi, (2003:104).

17. Con respecto al término “identidad piquetera” retomamos el análisis realizado por Svampa y Pereyra (2003:166) quienes señalan que los cortes sucedidos en 1996 y 1997 en Neuquen Salta y Jujuy representan el inicio de una nueva identidad “los piqueteros”, que utilizan “el corte de ruta” como formato de protesta, la asamblea como modalidad

organizativa, y el trabajo como nuevo tipo de demanda. Coincidimos con la propuesta de dichos autores: “Más allá de las diferencias que pueden encontrarse entre las distintas organizaciones piqueteras, un elemento común las recorre.(....)El anclaje de esa identidad no es otra cosa que un relato constituido a partir de 1996 en el que se narra la experiencia de los piqueteros”.